

5460

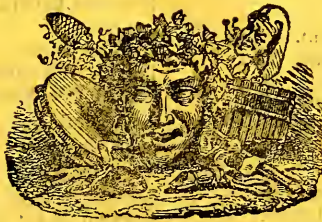
EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.



MADRID.

Imprenta que fue de Operarios, calle del Factor, num. 9.
à cargo de Joaquin Muñoz.

1853.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Amantes de Teruel. (Los)
Amantes de Clinchon. (Los)
Amor á la moda. (Un)
Amor y la moda. (El)
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Anillo del Rey. (El)
Apariencias. (Las)
Al mejor cazador...
Angela.
Amores de la niña. (Los)
Banda de la Condesa. (La)
Baltasara. (La)
Bonito viaje.
Boadicea.
Con razon y sin razon.
Conjuracion femenina. (Una)
Cañizares y Guevara.
Creacion ó el Diluvio. (La)
Chal de cachemira. (El)
Chismes, parientes y amigos.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Como se rompen palabras.
Cada cual ama á su modo.
Caballero Feudal. (El)
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dómine como hay pocos. (Un)
Espinass de una flor.
¡Es un Angel!
¡Está loca!!
El 5 de Agosto.
Entre bobos anda el juego.
El Escondido y la Tapada.

TITULOS DE LAS OBRAS.

En mangas de camisa.
Esposa de Sancho el Bravo. (La)
El Rigor de las desdichas ó D. Hermógenes.
Faltas juveniles.
Flores de D. Juan. (Las)
Fausto. (El)
Flor de un día.
Gloria del arte. (La)
Guerras civiles. (Las)
Gran Duque. (El)
Gitanilla de Madrid. (La)
Hacer cuenta sin la huéspedaa.
Hiel en copa de oro. (La)
Herencia de un poeta. (La)
Héroe de Bailén. (El) *Loa y Corona poética.*
Historia china.
Indicios vehementes.
Instintos de Alarcon: (Los)
Juan sin tierra.
Juan Sin-Pena.
Juana de Arco.
Lecciones de amor.
Leccion de corte. (Una)
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo
Licenciado Vidriera. (El)
Lo mejor de los dados!!!
Llueven hijos.
Llave y un sombrero. (Una)
Los dos sargentos españoles ó la linda Vivandera.
Madre de San Fernando. (La)
Mi mamá.
Misterios de palacio.
Mujer misteriosa. (Una)

EL HIJO DE FAMILIA

ó

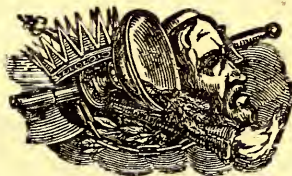
EL LANCERO VOLUNTARIO,

ZARZUELA EN TRES ACTOS,

traducida del francés

POR LOS SRES. G. G., A. Y O.

Representada por primera vez en el Teatro del Circo en
diciembre de 1853.



Carretera Gubier
Ayala
2 Cuadros

MADRID.

Imprenta que fué de OPERARIOS, á cargo de J. Muñoz, Factor, 9.

1854.

PERSONAGES.

ACTORES.

ALBERTO, lancero voluntario.	SR. CUBERO.
D. PEDRO, coronel de lanceros.	SR. CALVET.
PEPE EL ROMO, trompeta.	SR. CALTAÑAZOR.
SUAREZ, sargento.	SR. FUENTES.
D. JULIAN, pintor.	SR. MARRON.
SANCHEZ.. . . .	SR. DIAZ.
JOSÉ.	SR. CABALLERO.
PAULINA.	SRA. SAMANIEGO.
CURRA.	SRA. APARICIO.
DOÑA SIMEONA.	SRA. BARDAN.
MARIANA.. . . .	SRA. FERNANDEZ.

Esta zarzuela es propiedad absoluta de su autor, y perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su consentimiento.
Los corresponsales de la Galería Matritense, titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de su venta y administracion en los teatros de España y Ultramar.



ACTO PRIMERO.

Huerto de la venta de Curra en los alrededores de Vicálbaro. A la izquierda en primer término la casa: delante de ella y hacia el proscenio un banco: á la derecha un emparrado, bajo el cual hay mesas y sillas. Al fondo puerta de entrada en medio de una especie de empalizada que separa el jardín del camino. En segundo término á la izquierda una mesita. En segundo término á la derecha una mesa, sillas y bancos.

ESCENA PRIMERA.

CURRA, LUGAREÑAS. *Despues ROMO.*

INTRODUCCION.—MUSICA.

(Las lugareñas aparecen muy compuestas y alegres.)

CORO.

LUGAR.

A la revista vamos,
que los lanceros
son, chicas, unos mozos

muy sandungueros.
Vamos, muchachas,
que siempre entre la tropa
algo se saca.

(Suena dentro un clarin tocando llamada de caballeria. Todas escuchan. CURRA aparece en la ventana, atraida por el toque del clarin, y canta.)

CURRA. Aquesta es la trompeta
de mi querido:
la conozco en lo fina
que es de sonido.
Hola! Muchachas!

(Llamando y saludando á las otras.)

LUGAR. Ven, Curra, con nosotras
á la parada.

(En este momento aparece ROMO en la entrada del camino y toca de nuevo llamada. En seguida vé á las lugareñas y viene corriendo hácia ellas.)

ROMO. Vivan los militares!

LUGAR. Vivan!

ROMO. Vivan las bellas!

Vivan ellas con ellos

y ellos con ellas.

TODOS. Vivan!

ROMO. Cuando la señal....

doy con mi clarin,
todas las muchachas
vienen tras de mí. ¡

LUGAR. Sí, sí.

ROMO. Tí, tirí, tirí. *(Fingiendo que toca el clarin.)*

LUGAR. Tí, tirí, tirí.

ROMO. Cuando mi clarin
toca la señal...
es porque yo soplo
y él quiere sonar.

LUGAR. Ya, ya, ya!

ROMO. Tí, tirí, tirí.

LUGAR. Tí, tirí, tirá.

HABLADO.

- CURRA. Muy bien, muy bien, señor Romo. Vaya una conducta! Enamorar á las mozas del pueblo á la puerta de la que vá á ser su muger de usted!
- ROMO. Si es que las estaba enseñando á tocar la trompeta...
- LUGAR. Miren qué lástima; no se desgracie el dije del novio! Como es tan bonito!
- ROMO. Lo ves? Ya he perdido el prestigio!
- CURRA. Lo que ella quisiera es un marido como él!
- TODAS. Já! já! já!
- ROMO. Cabal. Lo que ustedes quisieran es un mario como yo... y una muger como ella. Eh? Está bien tirá?
- CURRA. Déjeme usted, libertino!
- LUGAR. Lo despide!
- TODAS. Sí! sí!
- ROMO. Que no! Curra!
- TODAS. Calabazas! Calabazas!
- ROMO. Largo, envidiosas! (*Las aturde á trompetazos.*)
- TODAS. Ay! (*Echan á correr tapándose los oídos.*)
- ROMO. Too es invidia. Como Dios me ha dao esta cara tan sedutora y este talento... Pero qué talento!... Ya se vé! Quisieran pescar mi blanca mano! Entremos á desenajar á Curra! Aun tardará la rivista media hora y... á bien que el caballo y yo hemos ya comió. (*Entra en la casa.*)

ESCENA II.

DON JULIAN *llega por el fondo con un libro de memorias en la mano y como si leyera algunos apuntes.*

- JULIAN. No. No me he engañado... Este pueblo es donde... Si: su hermana me dijo que en Vicálbaro y... Pero cómo hallarle? Bah! No debe ser difícil. Cualquier soldado del regimiento me informará... Pobre muchacho! En fin, veamos si mi amistad puede conseguir... Mucho lo dudo. Su carácter es demasiado tenaz... pero en cambio tiene un noble corazón! Un alma generosa, y no podrá menos de escuchar mis consejos y mis súplicas.

ESCENA III.

DICHOS, CURRA Y ROMO, *trayendo una mesa.*

- ROMO. Pues sí. Ahí tienes como me nombró su asistente.
- CURRA. A tí! Un trompeta!
- ROMO. Ay! (*CURRA empuja naturalmente la mesa y ROMO cae sobre ella.*)
- CURRA. Torpe!
- ROMO. Yo? Pues me gusta. Eres tú la que empújas la mesa, y yo soy torpe porque me caigo!
- CURRA. Vamos, parlanchin. Arregla todos esos bártulos. Sirve de algo.
- ROMO. Frente! Por la derecha! Alinear! Eu! (*Alineando las mesas.*)
- JULIAN. Pero... sí, no me engaño. Dígame usted, son lanceros los que estan en Vicálbaro, no es así?
- ROMO. Eh? Sí, señor. Los lanceros: y yo soy trompeta.
- CURRA. Ya hace un mes que vinieron de Burgos.
- JULIAN. Un mes? Sí, cabal. Eso es.
- ROMO. Eh? Eso es... qué.
- JULIAN. Nada. (*Se vá al fondo.*)
- ROMO. Pues no puede ser menos.
- JULIAN. Dígame usted, trompeta. (*Volviendo.*)
- ROMO. Presente.
- JULIAN. Pero no. (*Yéndose hácia el fondo.*)
- ROMO. No?
- JULIAN. Ah, sí, cómo se llama su coronel de usted. (*Volviendo.*)
- ROMO. Don Pedro Antunez.
- JULIAN. Ah! No. No es eso. (*Se vá.*)
- ROMO. Tampoco?
- CURRA. Cuánta pregunta!
- ROMO. No es eso! Sí es eso! y ris! se larga sin decir por ahí te pudras! Ay qué paisano!
- CURRA. Y á propósito de tu nuevo coronel. Jee! Despavílate!
- ROMO. Allá voy.
(*CURRA se sienta en el banco á mondar zanahorias. ROMO se pone un delantal y la ayuda.*)
- CURRA. A propósito de tu nuevo coronel. Me decias que acababa de nombrarte su asistente! Ayúdame, hombre!
- ROMO. Sí, Curra. Aunque trompeta... Eligio. Esta fué su palabra. Eli... Figúrate tú que á su llegada á Vicálbaro,

hace cuatro días, cuando vino á encargarse del mando del regimiento... Jé! Jé! del regimiento de los buenos mozos! Toos lo son. (*Sentándose y mondando una zanahoria.*)

CURRA. Todos, todos!

ROMO. Pues qué, no te gusta mi fisonomia?

CURRA. Sigue y déjame en paz. (*Sentándose en un extremo del banco.*) Qué pasó?

ROMO. Naa! Que el coronel (*Coge una zanahoria.*) dijo al sargento Suarez... dice dijo... Me hace falta un asistente. Bien, dijo el Sargento. Ahí tiene usia al trompeta Romo. Qué! dijo el coronel... Un trompeta no es lo que está en uso; pero... dice... dijo dice... que venga. Llego allá. Presente, mi coronel. El me miraba... me miraba, que se me erizaba el pelo y dijo dice... dijo.... dice.... Lo mismo me dá este que otro. Eligió... aunque tiene cara de tonto! Jé! Jé! Los camaradas se reían...

CURRA. Ya lo creo!

ROMO. Y yo me quedé tan satisfecho... Eso siempre le halaga á uno.

CURRA. Mucho! Pero dime! parece que el nuevo coronel no es muy amable que digamos.

ROMO. Huum! Tiene un geniazo... Pero bah! yo no estoy descontento con él! Por de pronto su cocina es cosa de chuparse los deos y... ayer sin ir mas lejos. Su hermana doña Simeona... una señora de edad; pero con unos humos...

CURRA. Qué?

ROMO. Que á pesar de su orgullo me hizo dar una taza de caldo, que podia resucitar á un muerto. Yo me quedé al beberlo así! En estásis!... (*Se trepa un poco. En este momento se levanta CURRA, le falta al banco el equilibrio y Romo cae. CURRA pone el cesto sobre la mesa.*)

CURRA. Bien!

ROMO. Ay!

CURRA. Ya te has caido?

ROMO. Caramba! Por qué te has levantao sin avisar?

CURRA. Pero en fin. Le has hablado (*Volviendo.*) al coronel de nuestra boda?

ROMO. Ah! Sí! por supuesto. (*Se levanta del suelo.*)

CURRA. Y qué te dijo?

ROMO. Me dijo... Que me fuera á la cuadra.

- CURRA. Calle!
- ROMO. Esto me ha dao en qué pensar.
- CURRA. Y tú no le hiciste presente...
- ROMO. Aspera. Así que oyó de mi boca: Primero, que no me quedaban mas que seis meses de servicio; segundo, que tú habias sido vivandera; tercero, que yo te amaba como un bestia... se le pasó el enojo.
- CURRA. Y qué mas?
- ROMO. Y dijo dice... dijo... que esa jóven se me presente mañana.
- CURRA. Mañana?
- ROMO. Pues! Con que no faltes por Dios... El coronel desea verte, porque la verdad, no quiere que sus lanceros den la mano de esposo á una cualquiera.
- CURRA. Ya! Y por qué no cuida tambien de que sus lanceros paguen las deudas que contraen, ya que tanto se ocupa de ellos?
- ROMO. Entiendo. Tú dices eso (*Quitándose el delantal.*) por los camaradas que vienen á beber de fiado, eh?
- CURRA. No por todos. Si al menos fueran como el lancero Alberto...
- ROMO. Ah! Justo! Ese sí que es rumbo y que paga á toca teja.
- CURRA. Y ademas dá propinas...
- ROMO. Toma! No lo estraño. Como que es hijo de un ricacho de Madrid! Un banquero, que segun parece le envia unas peluconas!... Hum! Los dientes se me alargan solo de pensar en ellas!
- CURRA. No me pasa lo mismo (*Arreglando las sillas.*) con el señor Suarez, tu sargento. Vaya un gorrón! Le has dicho ya lo que te encargué?
- ROMO. No, Curra.
- CURRA. Cómo no? Ahí estamos ahora?
- ROMO. Es que... La verdad, vamos. A un simple lancero, no tengo inconveniente en hacer tus reclamaciones: mucho me fastidia; pero en fin por complacerte, me fastidiaré con mucho gusto. Pero en tratándose de un superior... caramba! Puede arrimarme un puntapie!... (*Gritos y voces dentro.*)
- CURRA. Ah! (*Corriendo al fondo.*)
- ROMO. Quién se mata por ahí?
- CURRA. Calle! Es un burro que se ha desbocado!

- ROMO. Desbocado! Habrá vanidoso!
CURRA. Adios! Y vá á volcar el carrillo de que viene tirando!
ROMO. Espera. Ya acuden unos lanceros á detenerlo. Dos mugeres se apean! (*Mirando hácia dentro.*)
CURRA. Sí. La una es Mariana, la jardinera de la quinta de Santa Engracia. Pero no conozco á la otra.

ESCENA IV.

DICHOS: PAULINA, MARIANA, JIMENEZ, LANCEROS y despues el sargento SUAREZ.

- MARIANA. Muchas gracias, señores.
JIMENEZ. Eh! Niña! Niña! (*Siguiéndolas.*)
PAULINA. Bien! Bien. Afortunadamente no nos hemos hecho daño alguno.
JIMENEZ. Sí. Pero aquí se pagan derechos á los lanceros.
LAS DOS. Derechos!
JIMENEZ. Justo! Un abrazo! (*La persiguen.*)
LANCER. Sí! Sí!
PAULINA. Calle! No faltaba otra cosa!
CURRA. Andese usted con tiento, niña: mire usted que los lanceros no avisan nunca.
PAULINA. Oh! (*Huyendo.*)
LANCER. Un abrazo! Un abrazo!
ROMO. Eso. Un abra... Ay! (*CURRA le pega un bofetón.*)
CURRA. Toma! A tí no te dan vela en este entierro.
PAULINA. Señores, señores... basta de bromas. (*Queriendo librase de ellos.*)
LANCER. No, no!
SARGEN. (*Saliendo.*) Jeem! Alto el caballo!
LANCER. El sargento!
CURRA. Ya pareció mi mala paga!
PAULINA. Ah! Señor oficial, protéjame usted. (*Corriendo á él.*)
ROMO. Le llama oficial. Já! já! Le llama ofi...
CURRA. Que te calles.
SARGEN. Juum! (*Mirando á unos y á otros, y hablando pausadamente.*) Qué estrupicio es este! Voto al caballo de Santiago! Cómo se entiende? Querer abrazar por fuerza á la belleza... Brr... No sois dinos de empuñar la lanza de...
PAULINA. La lanza de caballeros.

- SARGEN. Eso es. Como dice esta niña... la lanza de caballeros... de caballería.
- CURRA. (Calle! De cuándo acá tan juicioso!)
- PAULINA. Vamos, este siquiera es un hombre de razón.
- MARIANA. Mil gracias, señor oficial.
- JIMENEZ. Le diré á usted, mi sargento. La cosa...
- SARGEN. Sonsoniche! La cosa no es ya del caso. Ejem! (*Poniéndose muy formal.*) Permita usted, paloma, que yo muestre á esos inorantes cómo se pretende de la persona mas delicada... (*De pronto.*) Huyuyui! (*La coge de la cintura.*)
- PAULINA. Cielos!
- ROMO. Ya asomó la oreja!
- TODOS. Bien! bravo!
- MARIA. Señor sargento!
- SARGEN. Chist! Achanta la mui, que ahora va por lo fino. (*A PAULINA, poniéndose el morrion de medio lado.*) Y... si yo hago á esta niña una declaracion en regla... ejem!... Allá va! Ya voy á soltarla! (*Tose, escupe y toma una actitud cómica.*)

MUSICA.

- SARGEN. Tu megilla, graciosa aldeana,
lo mismito que el melocoton,
cuanto en él me cautiva, ella tiene
en finura, contorno y color.
Es redonda como él es redondo,
frescachona como él frescachon:
deja, pues, que averigüe si tiene
el mismo sabor. (*Va á abrazarla.*) Ay! el mismo sabor.
Déjame, pues, terroncito de azucar,
deja que beba, que beba tu miel!
Déjame beber
en tu corazon,
que yo soy, zagala,
muy mariposon.
- Coro. Déjale beber
en tu corazon,
que el sargento es
muy mariposon.

II.

SARGEN. Son tus ojos dos claros faróles;
es tu pie menudito piñon,
y eres ay! el tremómetro amante
que rigula mi tierna pasion:
si te alejas tirito de frio,
si te acercas me ajoga el calor:
ven y pon, remonona, en buen temple
mi fiel corazon! ay, mi fiel corazon!
Déjáme, pues, turroncito de azucar, etc.

SARGEN. Con que, salero, ya sabe usted que la quiero y que la requiero, y que al verla me pongo jaciendo pucheros!
ROMO. Calle! Tambien el sargento versiquea!
SARGEN. Vengan esos brazos!
PAULINA. Cielos! entre qué gente he venido á parar! No, no.
SARGEN. Ya no te escapas! Trompeta, toca á saqueo!
ROMO. Tu, tururu, turu! (*Tocando con la mano. PAULINA y MARIANA corren perseguidas de los lanceros y el Sargento.*)

ESCENA V.

DICHOS y ALBERTO.

PAULINA. Favor! (*Corriendo hácia él.*)
ALBERTO. Eh! atrás todo el mundo!
SARGEN. Deja que me dé un abrazo.
ALBERTO. Un abrazo? Esa niña?
JIMENEZ. Sí, sí. Nos debe un abrazo.
ALBERTO. Por qué?
JIMENEZ. Porque estorbamos que su burro se desbocara.
ALBERTO. Pues bien, que os abraze el burro!
PAULINA. Cabal!
ROMO. Justo! Al burro le toca ser agradecido.
SARGEN. Camastron!
ALBERTO. Qué demonio! No conoceis que no le gustan los lanceros!

PAULINA. Sí tal, me gustan mucho... á caballo.

SARGEN. Ay! Que sería yo capaz de montar en un tiro de galera por parecerle bien!

ALBERTO. Vaya! vaya! Dejadla en paz. Marchaos.

LANCER. No, no.

ALBERTO. Es que han tocado el botasillas.

TODOS. Ah!

SARGEN. Uf! Cristo! estoy comprometiendo mis galones!...

ROMO. Y yo mi trompeta.

SARGEN. Ah! Muchachos. Supongo que despues de la revista vendremos aquí á remojar la palabra. Eh? Yo pago.

CURRA. Sí? Entonces empiece usted por darme lo que me debe.

SARGEN. Cómo, cómo? Yo soy un hombre que no debe nunca... sino cuando mi bolsillo está en crisisis.

CURRA. Sí; pero yo no tengo que ver...

ROMO. Pronto. A la revista.

SARGEN. Volando.

CANTO.

SARGEN. Pronto, pronto marchemos.

CORO. A marchar! A marchar!

SARGEN. Desfilemos delante
de esta rara beldad.
Con Dios queda, mi bien,
que me voy á formar.

(Todos dan una vuelta en circulo en derredor de PAULINA, que queda en medio con ALBERTO. Cantan, marchando con un paso semejante al paso de caballeria.)

TODOS. Desfilemos delante
de esta rara beldad.
Con Dios queda, mi bien,
que me voy á formar.

(Se van por el fondo y ALBERTO los sigue de lejos.)

ESCENA VI.

PAULINA, MARIANA, CURRA y despues ALBERTO.

- PAULINA. Dios mio! Qué miedo me han hecho pasar!
- CURRA. Por qué? Vaya! Por un abrazo mas ó menos nadie se muere.
- PAULINA. Eh? Pues yo creo que es demasiado exigir.
- CURRA. Toma! Si recibiese usted todos los que á mí me tienen dados que quieras que no...
- PAULINA. Misericordia!
- CURRA. Pero al cabo se acostumbra una al fuego... y con dar un buen sopapo al que es atrevido...
- MARIANA. Sí. Pero cuando no se tiene costumbre de estos perances...
- PAULINA. Oh! A no ser por ese jóven que acudió!... Qué fino ha estado... y con qué desinterés...
- CURRA. Sí? Cree usted que... mucho lo dudo.
- PAULINA. Por qué? Cuando siquiera ha intentado hacerse pagar el favor que me ha hecho...
- CURRA. Eso sí. El lancero Alberto es el mejor y mas amable de cuantos...
- ALBERTO. Gracias, Curra. (*Desde el fondo.*)
- PAULINA. Ah! (*Volviéndose.*)
- CURRA. Calle! Y la revista?
- ALBERTO. Bah! Todavía tarda.
- CURRA. Pues no dijo usted á los otros...
- ALBERTO. Para alejarlos de aquí. Era el único medio de que dejaran á esa niña.
- PAULINA. Muchas gracias, señor lancero.
- CURRA. Eh? No lo dije? (*A Paulina ap.*) Mucho me engaño si no viene en busca de la paga.
- ALBERTO. La paga? Qué paga? (*Adelantándose al proscenio.*)
- CURRA. El abrazo que los otros pedían: claro.
- PAULINA. Oh! Yo no creo...
- ALBERTO. Tranquilícese usted, niña... Yo no tomo nunca... Yo acepto.
- PAULINA. Sí? Pues entonces ya no tengo miedo, porque yo á mi vez nunca ofrezco.
- ALBERTO. Hola! Bravo! Quién es esta llugareñita?

CURRA. Di, Mariana. Creo que es la primera vez que viene al pueblo esa jóven. Yo no la he visto hasta hoy.

PAULINA. (Con tal que no descubran que no soy tal lugareña.)

CURRA. Dí, pues.

MARIANA. Toma! Esta jóven es... (*Vacilando.*) la hija del capataz de la hacienda donde yo sirvo.

PAULINA. Cabal: de la hacienda donde ella sirve.

ALBERTO. Es muy guapa.

PAULINA. Favor que usted...

MARIANA. Nunca habia venido al pueblo... y... como deseaba ver los lanceros...

ALBERTO. Qué me dices?

CURRA. Hola! Parece que está por la tropa. Hace bien. Ahí está el salero.

MARIANA. No. Es decir... (Por Dios, señorita, ayúdeme usted!)

PAULINA. Yo esplicaré á ustedes. Como yo tenia deseos de presenciar una revista...

MARIANA. (Y de conocer á su futuro el coronel!)

ALBERTO. Me alegro: eso prueba que tiene usted buen gusto, y yo me ofrezco á que la vea usted cómodamente. La colocaré donde pueda contemplar á todo el regimiento.

PAULINA. Y al coronel tambien?

ALBERTO. Tambien. Hoy va á inspeccionar escuadron por escuadron...

CURRA. Muy cerca de aqui.

PAULINA. Y eso tardará mucho?

ALBERTO. El primer escuadron, que es el mio, deberá estar formado á las diez. Repito que yo me encargo de colocarla...

PAULINA. Cerca del coronel?

ALBERTO. Eh? Sí! Cerca del coronel. (Qué capricho!)

PAULINA. Entonces, Mariana, tienes tiempo de ir al mercado, y cuando hayas concluido vendrás por mí para ir juntas á la revista.

ALBERTO. Eso es.

MARIANA. Bien está. Voy volando... (*Desde el fondo.*) Eh! Señor lancero, quiere usted hacer el favor de ayudarme á descargar la hortaliza?

ALBERTO. Sí, hija mía. Con mucho gusto. (*Se vá con MARIANA.*)

MARIANA. Pero no tienes miedo de quedarte sola? (*Ya en el camino, á Paulina.*)

PAULINA. Miedo! En mitad del dia...

CURRA. Es claro. Además, en mi venta hay siempre gente.

ALBERTO. Como que es donde se reúnen los lanceros.

PAULINA. (Pues con eso está dicho todo.)

ALBERTO. La chica es hechicera. (*Mirándola desde lejos.*)

MARIANA. Vamos! (*A Alberto.*)

ESCENA VII.

PAULINA, CURRA. Después ALBERTO.

PAULINA. Qué buen aire tiene ese soldado.

CURRA. Es un buen muchacho. Y muy político con las mugeres! Vaya! El abrazar por fuerza á ninguna. Jamás. Primero dejaría que ellas lo abrazasen á él.

PAULINA. Sí?

CURRA. Como usted lo oye. Pero... qué piensa usted hacer mientras vuelve su amiga?

PAULINA. Yo?... Si tiene usted en su venta una taza de leche y unos bollos...

CURRA. Vaya si tengo! Y calentitos de ayer. Venga usted y... (*ALBERTO aparece en el fondo hablando con MARIANA, que se va por la derecha, llevando en la cabeza una cesta de hortaliza y en la mano un canasto con frutas.*)

ALBERTO. Me alegraré que venda usted mucho.

PAULINA. Otra vez aquí?

MARIANA. Gracias! (*Yéndose.*)

CURRA. Se me figura que le cuesta á usted trabajo el irse al cuartel. (*A Alberto.*) Eh? Me equivoco?

ALBERTO. No. Es que quería decirte... (*Desde fuera de la empalizada.*) (Ah! Qué idea.) Ya recuerdo. Que eres muy dura con mi pobre sargento.

CURRA. Mas duro es él, que nunca paga.

ALBERTO. Ya! Pero eso no es una razon para echárselo en cara á todas horas! delante de gente... (*Observando al soslayo á Paulina.*) (Cómo me mira.)

PAULINA. Parece muy juicioso. (*Mirando á Alberto.*)

CURRA. Toma! Yo no he de perder mis noventa reales.

ALBERTO. La prueba que no los pierdes es... acércate. (*Bajo. Curra se acerca por la empalizada.*) Que yo te los traigo de su parte.

CURRA. Qué oigo! Se me figura un sueño! El sargento me paga! Dios mio, si se irá á morir!

ALBERTO. Chis! Calla y toma el dinero.

CURRA. Pero me da usted cinco duros y no son mas que noventa reales.

ALBERTO. Pues bien. Despues arreglarás... Ahora entra en la venta y hazme el recibo: estás? El sargento me lo ha encargado.

CURRA. Sí, sí. Al instante. *(Se va.)*

ALBERTO. Logré quedarme solo. *(Con alegría.)*

PAULINA. Eh! Ventera! Yo tambien voy... *(La sigue y al llegar á la puerta se detiene.)* *(Pero no. Si yo lograra hacer hablar á este lancero, por él me seria fácil averiguar...)*

ALBERTO. En mi vida he visto muchacha mas encantadora.

PAULINA. *(Ya se acerca.)* *(Se sienta en el banco.)*

ALBERTO. Ejem! *(Tose, se sienta en una mesa.)*

PAULINA. Ah!... Jesus! Me he llevado un susto...

ALBERTO. Perdone usted, niña. No lo estraño. Ya se vé: los camaradas que la perseguian há poco le habrán dado á usted tan mala idea de la galanteria militar...

PAULINA. Qué, usted querria talvez dármele mejor? *(Riendo.)*

ALBERTO. Diantre! Por espíritu de cuerpo... *(Pausa. La mira.)* Despues de todo, ¿no eran esos los lanceros que usted esperaba hallar aqui? *(Otra pausa.)* Eh?

PAULINA. Ni esos, ni los otros.

ALBERTO. De veras? No tiene usted á quien buscar en ninguna parte?

PAULINA. Yo? Qué idea!

ALBERTO. Por qué se admira de eso? *(Se levanta de la mesa, coge una silla y se sienta en ella al revés en medio del escenario y meciéndose en ella.)* A su edad... *(Pausa. Se acerca mas y siempre en la silla.)* Con que no?

PAULINA. No.

ALBERTO. Vaya! Entonces me equivoqué.

PAULINA. Claro. Yo solo he venido á causa de la revista. Debe ser una cosa digna de verse... Verdad?

ALBERTO. Sí!

PAULINA. Y luego el coronel... porque estoy segura que debe ser un buen mozo... Eh? Cómo me mira usted!

ALBERTO. Ya! Es que hay razon para ello. *(Cáspita, qué linda!)* Es usted muy guapa!

PAULINA. Jesus! Hay tantas mas guapas que yo... Y es jóven?

- ALBERTO. Joven? Quién?
- PAULINA. El coronel.
- ALBERTO. Ah! (Vaya una salida!) Cuál es el pueblo donde usted habita? Podria usted decirme...
- PAULINA. Calle! A qué asunto? (*Riendo.*)
- ALBERTO. Para ir á verla todos los dias.
- PAULINA. Cosa mas rara! (*Pausa.*) Se me figura que no le quiere usted mucho.
- ALBERTO. A su pueblo de usted?
- PAULINA. No. Al coronel.
- ALBERTO. (Y vuelta con el coronel.)
- PAULINA. Me equivoco?
- ALBERTO. Eh?
- PAULINA. Digo, si usted quiere al coronel?
- ALBERTO. (*Vivamente.*)Hija, usted no sabe hablar mas que del coronel?
- PAULINA. Yo? No tal. Es que... un coronel debe estar tan bien á caballo!
- ALBERTO. Sí, sí, muy bonito. (*Riendo.*)
- PAULINA. Y él tambien lleva lanza?
- ALBERTO. (Anda!) No.
- PAULINA. Y tiene buen carácter?
- ALBERTO. Tampoco.
- PAULINA. Eh? No? (*Vivamente y se levanta.*)
- ALBERTO. Pero á usted qué la importa?... (*Id.*)
- PAULINA. (*Reprimiendo su curiosidad.*) Sí, es verdad. Qué se me importa eso?
- ALBERTO. Vaya. Hablemos de nosotros. Sí. De qué pueblo eres?
- PAULINA. Cómo, usted me tutea!
- ALBERTO. Por qué no? Esto es prueba de cariño.
- PAULINA. Gracias.
- ALBERTO. Con que... quedamos en que yo iré á tu pueblo...
- PAULINA. No hemos quedado en nada.
- ALBERTO. Sí, sí. Yo iré los domingos y bailaremos...
- PAULINA. No sé bailar...
- ALBERTO. Yo te enseñaré... eso debe ser fácil... con ese pie tan chiquirritito...
- PAULINA. No por cierto. Ademas, en el pueblo murmurarian, y mi padre, que tiene un genio... igual, como el coronel.
- ALBERTO. Aprieta. Ya volvió á salir el coronel á relucir.
- PAULINA. Lo vé usted? Ahora me convenzo de que usted no le quiere.

ALBERTO. Pues bien, sí. No le quiero; es decir, no le queremos en el regimiento.

PAULINA. Por qué?

ALBERTO. Porque le tenemos antipatia, porque es un recién venido, que no conocemos y que han ido á sacar de otro cuerpo, en vez de dar el mando del regimiento á nuestro bravo teniente coronel, á quien todos amamos.

PAULINA. Pero el coronel en eso no hace mas que obedecer al ministro, y no tiene la culpa: con tal que sea amable...

ALBERTO. Sí; pero no lo es. Siempre regañando, siempre de mal humor, siempre dispuesto á enviar á uno al calabozo...

PAULINA. Le ha enviado á usted alguna vez?

ALBERTO. A mí? No. El no me conoce siquiera.

PAULINA. Y usted sin embargo le acusa. Véase lo que es tener mania á una persona.

ALBERTO. Sí. Es como el amor, que no se puede explicar. Por eso el que yo tengo...

PAULINA. Já! já! já! Qué majaderia!

ALBERTO. Te burlas? Pues bien. Búrlate en buen hora; pero yo me siento enamorado de tí, y sabré buscarte donde quiera y... Voto á brios! Es que lo digo como lo siento!

PAULINA. Sí? Pues pongamos remedio. (*Va á irse.*)

ALBERTO. No, no te irás. Oyeme, por Dios! (*Quiere detenerla.*)

PAULINA. Déjeme usted! déjeme usted!

ESCENA VIII.

DICHOS: CURRA, MARIANA. *Después el SARGENTO.*

CURRA. Anda y cómo se explica! Já! que estoy yo aqui. Qué es lo que pasa?

PAULINA. Nada!

ALBERTO. Sí, nada, por desgracia!

MARIANA. (*Saliendo.*) Pronto! Pronto! Que ya han pasado revista al primer escuadron!

ALBERTO. Cielos! Y yo he faltado!

PAULINA. Pobre muchacho!

ALBERTO. Buena me espera. (*Va á irse.*)

SARGEN. (*Saliendo.*) Ah, buen peje! Estás mandao arrestar.

PAULINA. Cómo!

SARGEN. Sí! Yo soy el encargao...

ALBERTO. Me lucí.

PAULINA. Pobrecito!

ALBERTO. Qué! Me compadeces?

PAULINA. Yo?

MARIANA. Pero no vamos á la revista?

PAULINA. Sí, sí, corramos.

ALBERTO. Y dónde podré volverte á ver?

PAULINA. En ninguna parte! (*Yéndose.*)

ALBERTO. Ah!

SARGEN. Toma catite! Y por esa hembra has faltao á tu obligacion... Ah mugeres!... Quién tuviera una!

CURRA. Arreglemos estas mesas, que ya no deben tardar los del primer escuadron.

ALBERTO. Y no he de volverla á ver?

SARGEN. Cuando salgas del arresto.

ALBERTO. El arresto! Voto va...

SARGEN. Sonsi. No hay que jugar con la ordenanza. El coronel, que estaba delante cuando te se nombró... puso un gestículo... Cristo! Y qué cara!...

ALBERTO. Y qué tenemos?

SARGEN. Tenemos que... tú eres generoso y convidas á los amigos, y que en fin, cuando la cosa pasa entre nosotros yo hago la vista gorda. Pero ya con el nuevo coronel... chis! No hay tu tia.

ALBERTO. Bien; pero no se dirá que una lugareña me ha plantado de ese modo. Caramba! mejores ojos no los he visto en diez leguas á la redonda!

CURRA. Gracias por los ojos de las demas! (*Arreglando las mesas.*)

SARGEN. Curra tiene razon. No porque venga género nuevo hay que despreciar el de casa. Huy! (*Le coge á CURRA la cintura y esta le sacude un bofetón.*) Alza!

CURRA. Y ahora que me acuerdo... no eran mas que noventa reales.

SARGEN. Eh? (Ya me avanzó!) Qué monserga es esa? Ahora no estoy en fondos. No tengo mas fondos... que el fondo de los bolsillos. (*Muy serio.*)

CURRA. Pero si ya estoy pagada.

SARGEN. Qué! (*ALBERTO hace señas á CURRA de que calle.*)

CURRA. Solo que en vez de cien reales que he recibido, solo me toca tomar noventa.

SARGEN. Cien riales! Cáspita, qué caudal.

CURRA. Tome usted lo que le sobra.

SARGEN. Lo que me... (*Mirando el dinero con asombro.*)

- CURRA. Qué quiere usted que yo haga con estos diez reales?
- SARGEN. Esto es fantasmigórico! (*Los quiere tomar y se arrepiente.*)
- ALBERTO. Vaya, vaya, quédate (*A Curra.*) con ellos en pago de lo que vas á darnos de beber.
- SARGEN. Ah! fénix de los lanceros! A tí te debo este corte de cuentas! Toca. Estoy conmovido! (*Dándole la mano.*)
- ALBERTO. Bah! No hablemos de eso.
- SARGEN. Sí tal. Ya en otra ocasion me conmoví tambien cuando pagaste á aquel inglés que tuve en Carabanchel de arriba... Tú eres mi bolsa y yo tu mone... digo, no: tú eres la monea y yo soy la bolsa.
- ALBERTO. Yo soy un amigo, y nada mas. Cree usted que yo he de de consentir que humillen á un bravo sargento como usted?
- SARGEN. No!
- ALBERTO. No haria usted lo mismo por mí?
- SARGEN. No!
- ALBERTO. Cómo?
- SARGEN. Estoy físicamente imposibilitao. Pero no temas. No perderás nada. Y cuando muera un tio de quien soy único heredero... yo te pagaré...
- ALBERTO. Bah! Bah! Dejémosle vivir. Qué edad tiene?
- SARGEN. Diez años!
- ALBERTO. Eh?
- SARGEN. Sí. Ahora está en el Hospicio; pero él hará fortuna, él hará fortuna!...
- ALBERTO. Já! já! já!

ESCENA IX.

DICHOS: ROMO, JIMENEZ, LANCEROS. *Despues CURRA.*

- ROMO. Al galope! Jeu! (*Salen corriendo.*)
- CURRA. Aqui está el vino.
- SARGEN. Ah! otra emocion!
- ROMO. Quién me da un cigarro?
- ALBERTO. A la mesa, muchachos!
(*Todos rodean las mesas y se sientan cada cual á su modo.*)
- JIMENEZ. Sí. Con eso me despediré á la vez de todos.
- ALBERTO. Pues cómo?
- JIMENEZ. Toma! Hoy cumpla mi tiempo!
- SARGEN. Y abandonas el cuerpo! (*Sentándose.*)

- ALBERTO. Es posible? Nos dejas!
- SARGEN. Un cuerpo como este!
- ROMO. Y como este! (*Señalando el suyo.*)
- JIMENEZ. Si al menos encontrara alguno que me pagara bien un reemplazo...
- ROMO. Yo! reemplázame á mí y... ya te pagaré si me cae la loteria. Muchachos! He jugao un terno! Y seco!
- ALBERTO. Sí? Pues á remojarlo.
- TODOS. Curra! Curra!
- CURRA. Ya voy! Ya voy! (*Con botellas.*)
- ALBERTO. Bebed. Yo pago!
- SARGEN. Díme, monona. Cuándo das tu blanca mano á ese que-rubin de trompeta?
- ROMO. Jé! jé! Pronto, sargento.
- ALBERTO. Atencion! (*Va á destapar las botellas.*)
- ROMO. Aguarda! Eso merece tocar la marcha real.
- SARGEN. Presenten... armas!
- ROMO. Ta! Tariro! etc.
(*Tocando con la mano, mientras ALBERTO destapa una botella.*)
- ALBERTO. Una! dos! tres! Fuego! (*Abre la botella.*)
- TODOS. Pum!
- SARGEN. Ah! qué aroma! Me trepó!
- ALBERTO. Arriba! (*Llenando los vasos.*)
- SARGEN. Poco á poco. Prepongo un brindis.
- TODOS. Venga!
- SARGEN. Señores, á la salud de Alberto, y para que denguno de sus...
- ALBERTO. Ninguno...
- SARGEN. Denguno.
- ALBERTO. Ninguno.
- SARGEÑ. Psss! Nenguno de sus deseos la... me... é... pues.
(*Bebe y se sienta.*)
- TODOS. Bravo!
- ALBERTO. Y yo brindo por mis camaradas y por el regimiento de lanceros.
- TODOS. Viva!
- ALBERTO. Sí. Por mi regimiento, en el que vivo alegre y feliz, y del que nunca me separaré.
- JIMENEZ. Aquí estoy yo si algun dia quieres que te reemplace.
- ALBERTO. Reemplazarme. Jamás! Aunque es cierto que he visto hoy aqui una muchacha que me ha trastornado los

cascos... No, yo no os dejaré por ella. Soy lancero á perpetuidad, en mi escuadron! Vivan los lanceros!

TODOS. Vivan!

ALBERTO. Y como dice la cancion... qué hay mejor en el mundo?

TODOS. A cantarla!

ALBERTO. Sea.

Cancion con los coros.

TODOS. Bien! *(Al concluir la primera còpla. En el estribillo de la segunda ALBERTO baila con CURRA. El ROMO quiere bailar tambien, y lo hace poniéndose delante de ALBERTO que siempre le deja atrás. ALBERTO al final abraza á CURRA.)*

ALBERTO. Dónde hay gracia que compita
con la gracia de un lancero,
si montando en un overo
vé una moza frente de él?
Cuando el potro se encabrita
ante un cuerpo sandunguero,
son caballo y caballero
todo fuego, todo miel.

CORO. *(Acompañando con los sables y vasos.)*
Apuremos las botellas
de las bellas en honor;
que es la palma de los bravos
ser esclavos del amor.

II.

SARGEN. Cada vez que ven las niñas
que un sargento sale al trote
empuñando el chafarote
y encorbeta su corcel;
dicen todas por lo bajo:
quién tuviera por consuelo
un sargento de ese pelo,
aunque fuera de papel.

CORO. Apuremos, etc.

- ROMO. Eli! Eso no vale! Ya yo no juego! Eli!
TODOS. Romo! Romo!
ROMO. No hay mas Romo ni mas narigon sino que naide la abraza. Eso toca solo á mí. (*Va á abrazarla.*)
CURRA. Ahora no. (*Le sacude.*)
ROMO. Ay! Lo estais viendo! Esto solo me toca á mí. (*SARGENTO abraza por detrás á CURRA.*) Otro! Caramba! Pongo la venta en estado de sitio!
TODOS. Já! Já! Já!

ESCENA X.

DICHOS: DON JULIAN.

- JULIAN. Ventera!
ROMO. Vé, que ahí te llaman. No, pues como se me linchian las narices...
JULIAN. Alberto! (*Viéndole.*)
ALBERTO. Julian! (*Se quedan mirándose á alguna distancia.*)
ROMO. Se conocen!
SARGEN. Sonsi!
CURRA. Deseais alguna cosa, caballero?
JULIAN. Sí, algunas noticias respecto á una persona que he encontrado...
SARGEN. Camaradas! Psss! (*Haciéndoles señas de que se marchen.*)
TODOS. Sí! Sí!
JULIAN. Dispensadme si incomodo.
SARGEN. Qué disparate! Vamos á acabar las municiones ahí fuera.
ROMO. Sí. Pero no hay que andar con aquí las puse...
TODOS. Já! Já! Já!
ROMO. Oyes, Curra?-(*Los lanceros salen por el jardin.*)

ESCENA XI.

JULIAN y ALBERTO. *Se miran un momento con emocion, despues se arrojan el uno en los brazos del otro: momento de silencio.*

JULIAN. Con que eres tú, mi querido Alberto, á quién encuentro aquí?

ALBERTO. Sí... sí... yo soy. (*Con voz turbada.*)

JULIAN. Perdona mi sorpresa! Tú, el hijo de un rico banquero, el jóven mas elegante, estás aquí con un vaso en la mano, entonando canciones y bailando en medio de esos soldados que se disputan á su modo los favores de una maritornes!...

ALBERTO. Qué quieres? Yo soy soldado, esos son mis camaradas... sus costumbres, sus gustos y sus placeres deben ser los míos, y no me avergüenzo porque no tengo ni otra sociedad ni otros amigos.

JULIAN. Ingrato. Nos has olvidado!

ALBERTO. No; pienso en vosotros... en mi familia; y cuando estoy solo... cuando el campo es mi mullido lecho... esos son mis únicos sueños.

JULIAN. Y no piensas en el mundo?

ALBERTO. No; cada cual vive en el suyo: yo tengo mis ocupaciones y mis deberes.... cumplo con el servicio.... con la consigna...

JULIAN. Y haces tambien el servicio mecánico?

ALBERTO. Por qué no?... Cuido mi caballo .. canto con mis camaradas... bailo con las muchachas lindas que no son crueles conmigo, qué es lo que me hace falta para ser feliz?

JULIAN. Y lo eres?

ALBERTO. Mucho!... (*Con alegría forzada.*) Pero dime, qué casualidad te ha traído á esta posada?

JULIAN. Un viaje de artista: he ofrecido hacer un retrato á dos leguas de aquí. Iba á marchar en seguida á Alcalá, en donde te creía de guarnicion.

ALBERTO. Nos han cambiado hace pocos dias.

JULIAN. Y como yo habia ofrecido á tu hermana...

ALBERTO. Mi hermana! Mi querida Sofia! Está buena?

JULIAN. Sí. Al despedirme de ella... (*Saca la cartera.*) me encargó que te entregase la copia de un retrato que he hecho para ella el mes pasado.

ALBERTO. Su retrato quizás?

JULIAN. No... no es el suyo... mira... (*Se lo dá.*)

ALBERTO. Mi padre! (*Pausa.*) Ah! Es él!... Sí... todas sus facciones!... Padre mio! (*Besa el retrato.*)

JULIAN. Le amas aun?

ALBERTO. Oh! Sí!... aun cuando ha sido para mí bien duro... bien inexorable!

JULIAN. Irás á verle?

ALBERTO. Jamás!... me echaria de nuevo: porque tú no sabes que mi padre, á quien yo amaba tanto, por quien hubiera dado... por quien daria hasta la última gota de mi sangre... Mi padre me ha echado de su casa.

JULIAN. Lo sé... he oido hablar de deudas tuyas, de locuras...

ALBERTO. Sí, esa es la consecuencia de educarnos entre los esplendores del lujo, sin recordarnos un instante que el trabajo es el único freno para las pasiones del hombre... De aquí sucedió naturalmente que cuando me faltó oro para hacer frente á mis muchas deudas, cuando mi pobre madre no pudo acceder á mis locas peticiones de dinero... mi padre me cerró su caja y me ví en la necesidad de cumplir con los acreedores ó de ser citado ante los tribunales. Agrega á este cúmulo de desórdenes que, engañado por una muger que me habia arrastrado á aquel abismo sin fondo, volví en mí con toda la rabia de la desesperacion y no me detuve ya ni en duelos, ni en ofensas, ni en delitos. Oh! amigo mio, qué escena tuvo lugar entre mi padre y yo!... recuerdo su fin perfectamente. Un esfuerzo de mi pobre hermana, pudo detener en los labios del anciano colérico la maldicion que estaba pronta á herir mi cabeza! Una muralla inmensa venia á alzarse entre el mundo y yo; escribí unas líneas á mi hermana despidiéndome de ella, y ocho dias despues me encontraba alistado en el regimiento en que me ves.

JULIAN. Pero cuánta resignacion habrás necesitado para doblegarte á la disciplina militar...

ALBERTO. Ah! La filosofia es una gran cosa!

JULIAN. Creí que hubieras ascendido...

ALBERTO. Sí, he tenido los galones de cabo; pero me los han quitado porque me olvidaba siempre de castigar á los camaradas.

JULIAN. Y querrás hacerme creer que has olvidado la buena sociedad en que vivias?

ALBERTO. No... te lo confieso!... cuántas veces en mis dias de amargura sueño despierto en aquellas fiestas, en aquellos bailes deliciosos, á cuyo recuerdo late mi corazon... pero abro los ojos y al mirar mi uniforme de soldado, enjugo sonriéndome la lágrima que humedecía mis párpados!

- JULIAN. Quieres que todos esos sueños se conviertan en realidad?
- ALBERTO. De qué manera?
- JULIAN. En la quinta en donde acabo de pasar unos días, hoy tiene lugar un magnífico baile...
- ALBERTO. Calla! calla!
- JULIAN. Presentado por mí como un amigo..
- ALBERTO. Calla te digo!... ¿Cómo quieres que un simple lancero?...
- JULIAN. Y por eso te apuras? bah! Te vestirás con mi ropa y nadie te reconocerá!
- ALBERTO. Imposible! Además estoy casi arrestado...
- JULIAN. Quieres que hable á tu coronel?.
- ALBERTO. Oh! No sigas... un hombre tan cruel, tan brutal... si yo quisiese aceptar, tal vez tendria otro medio... pero no; no... gracias! gracias!
- JULIAN. Ya lo pensarás... (*Saca una targeta.*) Toma... estoy hospedado aquí... Voy á escribir una carta, y despues no dudo que te llevaré conmigo. (*Se aleja.*)
- ALBERTO. A ese baile? Gracias!
- JULIAN. Bien! Bien! Vuelvo pronto. (*Entra en la posada.*)

ESCENA XII.

ALBERTO, PAULINA, MARIANA, SARGENTO, CURRA, ROMO, LANCEROS.

- ALBERTO. Qué buen amigo!
- PAULINA. Vamos pronto! Es preciso partir!...
- ALBERTO. Hola! Mi linda paisana!... (*Volviendo á su anterior jovialidad.*)
- PAULINA. Calla! Mi lancero!
- ALBERTO. Has dicho tu lancero?
- PAULINA. Quiero decir el señor lancero... parece que está usted aquí de centinela?
- ALBERTO. No. Es que... te esperaba...
- PAULINA. Pues yo por mi parte no le buscaba á usted. (*Alejándose de ALBERTO que la sigue.*)
- MARIANA. Curra! (*Llamando.*)
- CURRA. Aquí estoy! (*Viniendo por el jardin.*) Aquí estoy!
- MARIANA. Ayúdame á enjaezar mi pollino y á cargar mi carro.

PAULINA. Pero antes pagarás nuestro gasto?

CURRA. Y el desayuno que le está á usted esperando?

PAULINA. Déselo usted á un pobre! (CURRA sale con MARIANA por el fondo.)

ALBERTO. Eres muy generosa... (Acercándose.)

PAULINA. Algunas veces. (Alejándose.)

ALBERTO. Pero no conmigo. (Siguiéndola.)

PAULINA. Es que no le debo nada á usted ni á los demás lanceros, ni á su coronel, á quien acabo de ver montado en su hermoso caballo!

ALBERTO. Ah! Y qué tal le ha parecido?

PAULINA. Su caballo? Soberbio!

ALBERTO. Y él?

PAULINA. Vaya! El no es tan feo!... le quiere usted mal porque le ha castigado.

ALBERTO. Oh! Si no fuese mas que eso... La razon principal es porque me has dejado tan pronto! Tenia tantas cosas que decirte...

PAULINA. A mí? Le gusta á usted mucho la conversacion? (Alejándose.)

ALBERTO. Mucho... Y vas á decirme el nombre de tu pueblo. (Siguiéndola.)

PAULINA. Me parece que no.

ALBERTO. Me parece que sí.

PAULINA. A ver si lo acierta?

ALBERTO. Estoy seguro de hallarle si me dejas alguna cosa que llevarte allá.

PAULINA. Gracias!... No acostumbro á perder nada en el camino.

ALBERTO. Ni este ramillete? (Quitándosele.)

PAULINA. Señor lancero! No me importa; haré otro al volverme...

ALBERTO. Y este abrazo? (Abrazándola.)

PAULINA. Ah!

(El ROMO y el SARGENTO aparecen con los lanceros viniendo del jardín por el lado del pabellon.)

ROMO. Agua vá!

SARGEN. Aprieta, hijo! (Todos rien.) Le dejamos con unos pantalones y le encontramos con unas enaguas! Cáspita y qué pollo!

ALBERTO. Dejadme! Ya se me ha escapado por culpa vuestra.

SARGEN. Pues á las armas! Escuadron! Al galope.

DENTRO. Arre! Arre!

SARGEN. Que se naja! Avance la caballeria!

TODOS. A ella!

ALBERTO. No. Respetadla! (*Los detiene.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.



Un elegante salon octógono en casa de Paulina.—En el fondo una puerta que conduce á un parque.—En segundo término dos puertas laterales: á la izquierda del fondo una puerta que da á una galería, y á la derecha una chimenea, cerca de la cual hay una butaca. A la izquierda en primer término un piano, colocado de manera que se pueda andar á su alrededor. Sillas y butacas cerca de la chimenea y en todo el salon. Cerca del velador una butaca pequeña.

ESCENA PRIMERA.

PAULINA y DOÑA SIMEONA.

Al levantarse el telon PAULINA, sentada al velador, hace un ramillete de flores silvestres, que toma de un canastillo. DOÑA SIMEONA está sentada en la butaca á la izquierda de la chimenea.

SIMEONA. Vive Cristo que hoy es día de desgracia! Con que no veremos hoy á la señora Condesa?

PAULINA. Ay! no. Mi pobre tía está de jaqueca, y yo me veo obligada á hacer los honores de la soireé que da en festejo de mi llegada á su castillo.

SIMEONA. (*Levantándose.*) Y del matrimonio de usted.

- PAULINA. Mi matrimonio! Qué deprisa camina usted! Le gusta á usted mi ramillete?
- SIMEONA. Por lo visto es usted aficionada á las flores silvestres?
- PAULINA. Mucho! Yo tengo aficion á todo lo sencillo.
- SIMEONA. Lo mismo que mi hermano el coronel.
- PAULINA. Vea usted, doña Simeona: hay nada mas lindo que éstas amapolas, estas coronillas, esas margaritas de los prados, mezcladas á estas espigas y á estos tallos temblorosos de grama y de verbena? (*Levantándose.*) Yo las prefiero á todos los diamantes.
- SIMEONA. Lo mismo que mi hermano: él tambien tiene odio á los diamantes.
- PAULINA. Es decir que si me caso con él no me los dará.
- SIMEONA. Ha dicho usted si me caso... Cualquiera creeria que vacila.
- PAULINA. Mi tia quiere casarme con un coronel: á mí, la viuda de un abogado, y yo me conformo gustosa, siquiera por el cambio de profesion. Pero primero es menester que yo conozca á mi futuro. No es mala figura, segun me han dicho: tiene un continente altivo y distinguido; una fisonomia franca y abierta que me agrada, y maneja su hermoso caballo con una destreza!
- SIMEONA. Todo eso es de familia. Pero... qué!... Usted conoce ya á mi hermano?
- PAULINA. Al coronel... no. Dónde habia de haberle visto? Es mi tia que me le ha pintado...
- SIMEONA. Con mucha exactitud! Mi hermano tiene ademas las cualidades y los talentos del hombre de mundo. Baila como una silfide, y sobre todo canta con un primor!
- PAULINA. Tanto mejor: yo deliro por la música.
- SIMEONA. Lo mismo que mi hermano: le haremos cantar esta noche. Es tan complaciente! Tan dulce!...
- PAULINA. Es esa la opinion de su regimiento?
- SIMEONA. (*Enfurecida.*) Qué! Se habrán atrevido á decirla á usted lo contrario?
- PAULINA. No, no: es una pregunta.
- SIMEONA. Jum! Me alegraria saber que alguien se quejaba! Voto á los demonios!
- PAULINA. (No puedo acostumbrarme á este soldado con enaguas!)
- SIMEONA. Mi hermano tiene la esquizvez de la bravura. Es un valiente.

PAULINA. Sí, lo sé: y sin duda esa es prenda de familia; porque usted...

SIMEONA. Ah! Yo soy toda una valiente. Figúrese usted que me he casado tres veces, con tres militares: un sargento, un capitán y un comandante. Yo siempre ascendiendo! Los seguí á Cataluña, vestida de coracero: una vez estaba yo al lado del primero: un sargento magnífico! cuando un faccioso lo atravesó de una lanzada: yo entonces... rayos y truenos! metí mano á mi sable, y de un solo tajo le rebané la cabeza.

PAULINA. Eso es soberbio! Pero no siga usted, porque voy á cobrarla miedo.

SIMEONA. Bah! bah! Sea usted mi cuñada, y mi brazo la defenderá tan bien como el del mismo coronel.

ESCENA II.

LAS MISMAS: MARIANA y luego FRANCISCO, el CORONEL y ROMO.

PAULINA. (Á MARIANA, que entra por la puerta de la derecha con un paquete en la mano.) Ah! Te marchas, Mariana?

MARIANA. Sí, señora: me llevo el paquetito que Luisa acaba de darme:

FRANC. (Anunciando.) El señor coronel don Pedro.

SIMEONA. (Con alegría.) Ah! Mi hermano!

PAULINA. (Bajo á Mariana.) Te encargo la discrecion.

MARIANA. (No tenga usted cuidado.)

SIMEONA. (Al Coronel que entra.) Cuánto has tardado!

CORONEL. (Saludando á Paulina.) Usted me dispensará, señora, el haberla hecho esperar; pero una maldita revista... (MARIANA al salir por el fondo se encuentra de frente con ROMO, que sigue al CORONEL con un libro de música en la mano.)

ROMO. Ah! ah! (Deja caer el libro.)

SIMEONA. Qué es eso, torpe?

ROMO. (Saludando.) Perdon, mi comandanta... es que... como... y luego... Pues! el libro se ha caido.

PAULINA. (Cielos! Uno de mis lanceros!)

CORONEL. Deja el libro y vete.

ROMO. Sí, mi Coronel. (Mayor semejanza!)

CORONEL. (A Paulina.) Una maldita revista me ha detenido toda

- la mañana, y me ha dado el sentimiento de no poder acompañar á mi hermana.
- PAULINA. Usted no estaba ausente del todo, Coronel. Esta señora me hablaba de usted. (*Se dirige al fondo.*)
- CORONEL. (*A Simeona.*) Gracias, hermana mía!
- SIMEONA. No es verdad que es hechicera?
- FRANC. (*Entra de la galería: A PAULINA bajo.*) Los convidados acaban de llegar.
- PAULINA. (*Disponga usted que nos sirvan.*) (*Váse Francisco.*)
- ROMO. (*Que anda dando vueltas, sin saber dónde colocar su música.*) Dónde pongo la música?
- PAULINA. Allí, encima del piano.
- ROMO. Ah! Otra semejanza! (*Reconoce á PAULINA, se le cae el libro, y PAULINA le vuelve la espalda.*)
- CORONEL. Otra vez, imbécil!
- ROMO. Nada, mi Coronel: es que... como... y luego... Pues! el libro se ha caído.
- SIMEONA. Recógelo.
- ROMO. Sí, mi comandanta.
(*Recoge el libro, lo pone sobre el piano, y mientras continúa la escena anda por el teatro tratando de ver á PAULINA: por fin llega á ella, pero el CORONEL se vuelve, le mira y él se va por el fondo.*)
En esta tierra tóo el mundo se paece.
- CORONEL. Decía que el sentimiento de no poder acompañar á mi hermana...
- SIMEONA. Acreditate de galante, porque te han acusado á esta señora de brusco.
- CORONEL. (*Con furia.*) Yo brusco?
- PAULINA. Oh! Yo no he dicho...
- SIMEONA. Sí, chismes de la soldadesca. Bribones! Es preciso hacer un escarmiento con todos los chismosos!
- PAULINA. Muy dura está usted, mi comandanta.
- ROMO. (*Saliendo.*) Lo dicho! Son las dos de esta mañana!
- FRANC. (*En el fondo.*) La señora está servida.
- PAULINA. A comer, señores. Coronel, el brazo.
- SIMEONA. (*Empujándole.*) Anda.
- CORONEL. Señora...
- PAULINA. (*Queriendo hacer pasar á SIMEONA.*) Mi comandanta...
- SIMEONA. Pase usted, pase usted! Tararira, tararira.
(*El CORONEL sale con PAULINA. DOÑA SIMEONA los sigue con los brazos cruzados á la espalda y marcando el pa-*

so. ROMO aparece en el fondo mirándolos salir.)

ROMO. Vamos, si me he quedao como un papamoscas!

ESCENA III.

FRANCISCO, ROMO. Luego JULIAN.

FRANC. (*Limpiando el velador, despues de haber puesto encima del piano el canastillo de flores. Eh! pronto. Ayúdeme usted. (Llevando el velador mas arriba.)* Aquí es donde hay que servir el café.

ROMO. Yo no soy criaio de naide.

FRANC. Ah! Yo creia...

ROMO. Y antes que todo tengo que llevar mi compañero á la cuadra.

FRANC. Qué compañero?

ROMO. Calle! A su edad no sabe usted quién es el compañero de un lancero? Es su caballo.

FRANC. Ya! Y por qué llama usted así á su caballo?

ROMO. Por qué? Ah! Con que usted lo ignora todo? Le llamo asi porque los caballos se llaman asi, y porque desde que hay caballos en el mundo los llaman asi, y porque son asi; y asi como asi, no deben llamarse mas que asi. Ahí tiene usted por qué los llamo asi.

FRANC. Quedo convencido. Pero .. qué quiere usted? lo ignoraba!—En cuanto á la cuadra, está á la entrada á mano derecha.

ROMO. Cracias... Ah! Dígame usted: esa señora que ha atravesado el salon con mi coronel...

FRANC. Qué?

ROMO. Esa señora... es una aldeana?

FRANC. Já! já! já! já! Una aldeana! La sobrina de la señora condesa! Já! já! já! (*Riendo.*)

ROMO. (*Riendo como él.*) Já! já! já! (*Sério.*) Calle! De qué me estoy riendo? Ah! Y esa otra que salió cuando yo entré, no era una gran señora?

FRANC. Quién? La jardinera? Já! já! já!

ROMO. (*Riendo.*) Já! já! já! (*Sério.*) Pero la una... pero la otra... y la otra, y la una... (*Yéndose.*) A que salimos con que soy un bestia.

FRANC. Que le aguarda á usted su compañero.

- JULIAN. (*Entra por el foro y encuentra á ROMO que sale.*) FRANCISCO!
- ROMO. Oh! (*Retrocediendo.*)
- JULIAN. (*Un lancero!*) (*Viendo á Romo.*)
- FRANC. Señor!
- ROMO. Y van tres. (*Váse por el foro.*)
- JULIAN. Dónde estan las señoras?
- FRANC. Todos estan á la mesa. Como usted ha mandado á decir que no venia á comer! Paso recado?
- JULIAN. No, no: aguardaré.
(*FRANCISCO se va por la galeria. ALBERTO aparece en el fondo, vestido de paisano con elegancia.*)

ESCENA IV.

ALBERTO, JULIAN. *Despues el SARGENTO.*

- JULIAN. Qué diablos hacia aqui ese lancero?
- ALBERTO. Julian! (*En el fondo.*)
- JULIAN. Estan comiendo: entra, te presentaré al instante.
- ALBERTO. Es singular! Estoy desorientado en un salon!... no sé lo que me pasa con este traje; me siento casi incómodo de estar á mi gusto.
- JULIAN. Y te está bien sin embargo. Vas á ser el rey de la fiesta, y espero que esto te hará cambiar de pensamiento.
- ALBERTO. Pero dime: qué vamos á hacer del sargento? El pobre por complacerme se ha prestado á dejarme venir; pero como respondia de mi persona, quiso acompañarnos y... Por qué le hemos dejado á la puerta?
- JULIAN. Y qué demonios quieres? No has visto qué facha trae con ese frac que le hemos proporcionado?
- ALBERTO. Cuando pienso que el pobre por gratitud hácia mí se espone á perder los galones...
- JULIAN. Bah! Quién lo ha de saber? Para mayor precaucion, en vez de tu nombre de regimiento, Alberto de Larena...
- ALBERTO. Ese es el nombre de mi padre!
- JULIAN. Te doy el de tu madre, y te presentaré como Alberto de Lara.
- ALBERTO. En fin, como quieras.—Qué butaca tan deliciosa! Qué

bien se está en ella! Me recuerda mis días de lujo y de pereza.

JULIAN. Estas cosas se recuerdan siempre con placer.

ALBERTO. Pero te prevengo que me escaparé temprano para corretear por el pueblo antes de volver á mi cuartel: tengo que restituir un ramillete y un beso.

JULIAN. Todavía piensas en tu aldeana?

ALBERTO. Siempre!

SARGEN. Da usted premisio?...

JULIAN. Adios, mi dinero!—Por qué no ha esperado usted en el jardín?

SARGEN. Porque este mocito me traia inquieto. Yo lo ejaó venir con la condicion de no separarme dél, y... me dicho... Náa, sargento Suarez... Tú siempre pincharando...

JULIAN. Es muy justo. Pero arréglese usted ese lazo!

SARGEN. Si por mas que lo ato y lo desato paese un gayardete!... Pues y esta colmena?... Vé usted? Se me cuela hasta los ojos!

JULIAN. (Maldito hombre!)

SARGEN. Quié usted pedí un vaso de agua?

JULIAN. Silencio! Ahí viene la sobrina de la Condesa y voy á presentarte á ella.

SARGEN. Y yo á quién me presento?

JULIAN. A nadie.

ALBERTO. Retírese usted un instante!

JULIAN. Que viene!

SARGEN. Que venga! Yo la haré el rendibú.

ALBERTO. Pronto! Váyase usted! Por allí!

JULIAN. Ella es! (*Se va el Sargento por el fondo.*)

ESCENA V.

DICHOS: PAULINA. FRANCISCO prepara el servicio del café.

TERCETO.

JULIAN. Fernando de Lara,
mi amigo.

:

- LOS DOS. (Gran Dios!)
- PAULINA. (Su aspecto!)
- ALBERTO. (Su cara!)
- JULIAN. (Se turban los dos!)
- ALBERTO. Díme, díme, tú lo sabes, (*Ap. á Julian.*)
si esta cándida beldad
cubre á veces por capricho
su hermosura de un disfraz.
- PAULINA. (*Al otro lado de Julian y ap.*)
Diga, amigo, si este jóven
que merece su amistad,
cubre á veces por capricho
su figura de un disfraz.
- JULIAN. No conozco sus disfraces,
si los usa esta beldad. (*A Alberto.*)
Es un jóven distinguido,
y es honrado sin disfraz. (*A Paulina.*)
- ALBERTO. (Es ella, no hay duda!)
- PAULINA. (Es él, no hay que dudar!)
- JULIAN. (Qué diablos se dicen)
con tanto mirar?)
- LOS TRES. Si duda funesta
me aflige cruel,
durante la fiesta
de dudas saldré.
-

HABLADO.

ESCENA VI.

DICHOS: DOÑA SIMEONA, EL CORONEL y varios convidados: todos entran por la galería.

SIMEONA. Qué hace usted, querida amiga? La buscábamos á usted!

PAULINA. Estaba dando unas órdenes... El café aguarda. (*A Francisco.*) Sirva usted. (*Récibe á las personas que van llegando. FRANCISCO sirve el café.*)

ALBERTO. (*A Julian.*) Chico! La hermana de mi coronel!

JULIAN. Oh!

CORONEL. (*Saliendo con dos.*) Sí: son unas armas magníficas!

ALBERTO. (Mi coronel!)

JULIAN. (Qué estás diciendo?)

PAULINA. Sirva usted al coronel. (*El CORONEL se acerca al velador: á ALBERTO y JULIAN observándolos.*) El coronel de lanceros.

ALBERTO. Ah... (*Con indiferencia.*)

PAULINA. De ese regimiento de lanceros que está en Vicálbaro.

JULIAN. Ah! Hay un regimiento de lanceros en Vicálbaro?

PAULINA. (No le hace impresion!) (*Vuelve al velador.*)

ALBERTO. (Cualquiera diría que me ha reconocido.)

JULIAN. (Y si te ve el coronel?)

ALBERTO. (Por fortuna no me conoce.) (*Todos toman café: unos de pie y otros sentados.*)

PAULINA. (*Al criado por JULIAN y ALBERTO.*) Sirva usted á esos caballeros.

ALBERTO. Gracias, señora: no tomo nada.

JULIAN. Yo tomaré una copa de curazao.

CORONEL. La señora Condesa tiene en la galeria dos juegos de armas magníficos!

PAULINA. Mi tío, que era coronel como usted, formó una colección...

JULIAN. Que yo miro con envidia.

CORONEL. Ah! Este caballero es aficionado?

PAULINA. Este caballero es artista: un pintor distinguido. (*Observando á Alberto.*) Como su amigo, sin duda.

ALBERTO. Yo, señora, no soy mas que un ignorante.

CORONEL. (*Tendiendo la mano á JULIAN.*) Venga esa mano, caballero. Yo deliro por la pintura.

SIMEONA. Mi hermano hace cuadritos encantadores. Sí, encantadores! Porque mi hermano tiene todos los talentos.

(*Las señoras que estan sentadas se levantan. FRANCISCO coloca las bandejas sobre la chimenea y pone el velador entre la puerta de entrada y la galeria.*)

CORONEL. La pintura en mí no es mas que un pasatiempo de guarnicion; pero usted me dará consejos...

JULIAN. Con tanto mayor gusto, Coronel, cuanto que yo mismo tengo que pedirle á usted un favor.

CORONEL. Qué favor? (*Paseando con JULIAN, mientras que ALBERTO pasa por detrás del piano y se acerca á PAULINA.*)

JULIAN. El de ayudarme á obtener la licencia absoluta para un

soldado de su regimiento.

ALBERTO. (Qué está diciendo?)

CORONEL. Su nombre?

JULIAN. Larena.

CORONEL. Larena...

PAULINA. (A Alberto.) Siéntese usted, señor de... de...

ALBERTO. De Lara, señora. (*Mira el canastillo de flores que está sobre el piano.*)

PAULINA. Ah! sí! (No es él!)

CORONEL. Ah! Larena! Ya caigo: faltó esta mañana á la revista. Un tuno.

ALBERTO. Eh? (*Vivamente.*)

PAULINA. A la revista? (*Mirando á Alberto.*)

ALBERTO. Qué flor tan linda! (*Cogiendo una.*)

JULIAN. Es un jóven distinguido.

CORONEL. Sí, lo que llamamos nosotros un hijo de familia: uno de esos calaveras á quienes sus padres ponen en un regimiento para desembarazarse de ellos.

ALBERTO. (Vive Dios!)

JULIAN. (*Bajo á ALBERTO al pasar cerca de él.*) (No hagas caso.) Es usted severo, coronel.

CORONEL. Severo! Severo!

SIMEONA. (*Sentada á la derecha entre otras señoras.*) Mi hermano es muy bueno, muy bueno! pero le sucede lo que á mí: no puede ver á esos pollos, que esconden su aire ridículo debajo del uniforme.

ALBERTO. (Vieja loca!)

JULIAN. Señora...

CORONEL. Soldados de formacion, que conservan en el regimiento sus costumbres de café, y pasan el tiempo en fumar ó en correr detrás de las doncellas de labor y de las aldeanas, cuando no estan en el calabozo.

ALBERTO. (*Con afectada urbanidad.*) Qué quiere usted, caballero? No pueden exigirse á un simple lancero las maneras distinguidas y el tono esquisito de su coronel.

CORONEL. Eh? Qué quiere usted decir?

PAULINA. (Ah! Es él!)

JULIAN. (*Alegremente.*) El señor de Lara tiene razon, coronel; pero veo que usted abriga algun rencor contra mi protegido, y que su licencia...

CORONEL. De nada respondo, caballero, porque es preciso enseñar á esos niños mal criados, que no se toma el uni-

forme para dejarle en seguida como un traje de carnaval.

ALBERTO. (A Julian.) Si no fuese mi coronel!...

SIMEONA. Pero no tendremos un poco de música?

PAULINA. (Yendo al piano.) Sí tal: con eso daremos tiempo á que lleguen los convidados al baile: yo estoy pronta á ponerme al piano, y si usted quiere cantar, querida doña Simeona...

SIMEONA. Yo no entiendo una palabra de eso. Mi hermano, mi hermano! El tiene toda la voz de la familia, y unos puntos bajos!... asi es que canta con un gusto...

CORONEL. (A Simeona.) Vamos, no vayas á hacer creer que soy un ruiseñor.

SIMEONA. Y por qué no? Es ademas tan complaciente...

ALBERTO. Eso es tener todas las cualidades, asi como todos los talentos.

CORONEL. Caballero... (Este jóven me carga!)

PAULINA. Vamos, coronel: estoy á vuestras órdenes.

CORONEL. Señora... (Escusándose.)

TODOS. Coronel, coronel!...

CORONEL. Si ustedes se empeñan... (Se dirige al piano y busca una romanza con PAULINA y DOÑA SIMEONA.)

SIMEONA. Mira: canta aquello de... Ah! fiero Abencerrage!...

ALBERTO. (Niños mal criados! Yo le diré...)

JULIAN. (Cálmate.)

ALBERTO. (Agitado.) Estoy muy tranquilo.

SIMEONA. (Tomando un papel.) Esta es una romanza que me gusta mucho. Es la única para su voz. (La da á su hermano y dice lo que antecede á las señoras, entre las que se sienta.)

PAULINA. (Qué agitado está!) (Mirando á ALBERTO sentada al piano.)

CORONEL. Cantaré esta romanza si usted gusta.

PAULINA. Sí, sí, la conozco.

ALBERTO. Pero dime por Dios... Esa señora... crees que esta mañana estaria aqui?

JULIAN. Sin duda: si esta es su casa! Por qué lo preguntas?

ALBERTO. Por nada... (Tiene la misma voz!)

CANTADO.

(PAULINA *al piano*, ALBERTO *sentado á la derecha del piano que dá frente al público. El CORONEL en pie á la izquierda. DOÑA SIMEONA sentada entre las demas señoras.*)

CORONEL. (*Cantando, con el papel de música en la mano.*)

Gentil aldeana
de negro cabello, (*Se adelanta.*)
de rostro mas bello
que fresca mañana.
Ay, ven, que te llamo (*Desentonándose.*)
penan... (*Viendo que ALBERTO hace gestos.*)

Eh? qué? Qué dice usted?

ALBERTO. Yo? que vá perfectamente.

CORONEL. Ah! usted perdone. (*Canta.*)

Gentil aldeana
de negro...

Creo que se rie usted, caballero.

ALBERTO. Ah! no lo crea usted, al contrario.

CORONEL. (*Canta.*)

Cabello,
de rostro mas bello
que fresca mañana.
Ay, ven, que te llamo
penando de amor,
desata ese ramo
y dame una flor.

(*Hace un calderon algo ridiculo. ALBERTO hace mil gestos.*)

TODOS. Bravo! bravo! (*Aplauden.*)

ALBERTO. (*Cuando todos han concluido, se queda solo diciendo, con sorna.*) Bravo! Bravo! (*Aplaudiendo muy despacio.*)

CORONEL. Qué? Qué?

ALBERTO. Digo que bravo! Solo que me parece que no es ese el tiempo que debe llevar esa cancion.

CORONEL. Que no es el tiempo?

ALBERTO. No. Debe ir mas despacio.

CORONEL. Caballero... pues tanto entiende usted de música, por qué no canta usted conmigo?

ALBERTO. Con mucho gusto, coronel.

(*Se pone junto al piano. Cantan los dos la anterior estrofa. El CORONEL se adelanta, se impacienta y sin concluir suelta el papel y deja solo á ALBERTO, dirigiéndose al lado de su hermana.*)

HABLADO.

- CORONEL. (*A su hermaná.*) Quién es ese fátuo?
- SIMEONA. Un pollo de Madrid.
- CORONEL. Me lo sospechaba!
- JULIAN. Está furioso! (*Bajo á Alberto.*)
(*Oyese un golpe de orquesta en el salon de la derecha.*)
- PAULINA. Señores, la orquesta nos llama, y todo está dispuesto para un baile medio campestre.
- CORONEL. (*Ap. gruñendo.*) Una leccion! una leccion!
- SIMEONA. Pero hazla la corte.
- PAULINA. (*A ALBERTO en otro lado de la escena.*) Ah! Señor, de... de.....
- ALBERTO. De Lara, señora.
- PAULINA. Ha enfadado usted á ese pobre coronel.
- ALBERTO. Oh! tiene tan buen carácter!
- PAULINA. Habla usted de él como si usted fuese soldado de su regimiento.
- ALBERTO. No lo soy por fortuna.
- SIMEONA. (*Al Coronel.*) Invítala á bailar, vive Dios!
- CORONEL. Ya voy, vive Cristo!
- PAULINA. Sin embargo, tengo una gracia que pedir á usted.
- ALBERTO. Oh! hable usted.
- CORONEL. (*A Paulina.*) Me dispensará usted el honor, señora, de concederme el primer rigodon?
- PAULINA. Coronel...
- ALBERTO. Esta señora acaba de hacerme á mí esa honra.
- CORONEL. Jum! jum! (*Tose con despecho.*)
- PAULINA. Caballero... yo... en efecto... (*Es muy vivo el señor de Lara!*)
- ALBERTO. Pero si es usted tan bondadoso que quiere bailar frente á nosotros...
- CORONEL. Con mucho gusto, por esta señora.
- ALBERTO. Mil gracias. (*Está que brama!*)
- PAULINA. (*Señalando á la sala del baile.*) Señores...
- ALBERTO. Repito á usted las gracias, coronel.
- CORONEL. Quiere usted darme otra leccion? No las recibo. (*Me alegraría que me pisara para dividirle en dos pedazos!*)
(*Se dirige hácia la derecha, por donde ha salido PAULINA con DOÑA SIMEONA y demas convidados.*)
- JULIAN. Qué diablos has hecho?

ALBERTO. Já! já! já! (*Riéndose.*)

CORONEL. Eh? (*Volviendo desde la puerta.*)

ALBERTO. Coronel...

CORONEL. Ah! creía... *Sale con impaciencia.*)

ESCENA VII.

ALBERTO, JULIAN, ROMO y luego PAULINA.

ALBERTO. Ya están vengados los hijos de familia.

JULIAN. Pero tratar así á un hombre que viene á casarse...

ALBERTO. Con quién?

JULIAN. Con Paulina.

ALBERTO. Con esa señora jóven...

JULIAN. Que estaba tocando el piano hace poco tiempo.

ALBERTO. Mi linda aldeana!

JULIAN. Qué dices? Tu aldeana!

ALBERTO. No, no: quiero decir que se parece... Pero no se casará con ella el coronel.

JULIAN. Con la aldeana?

ALBERTO. Eh? no... sí... es decir... necesito hablarla absolutamente.

JULIAN. A Paulina?

ALBERTO. Necesito recordarla...

(ROMO y FRANCISCO entran por el fondo y arreglan algunas sillas.)

JULIAN. Pero te conoce?

ALBERTO. A lo menos no lo aparenta. Ah! Si fuese...

FRANC. *Cogiendo la cafetera y el portalicores que estaban encima del velador.*) Quiere usted ayudarme, militar?

ROMO. Con mucho gusto, paisano.

JULIAN. (Estará enamorado de ella? Oh! Me alegraría!)

ALBERTO. Ven: la he invitado á bailar. (*Vá á salir y se encuentra con Romo, que deja caer el servicio que lleva en la mano.*)

ROMO. Ah! Bah!

JULIAN. (El lancero!)

ROMO. Y van cuatro.

ALBERTO. (Romo!) (*Alto y con firmeza.*) Qué es eso? Qué quiere usted?

ROMO. Usted perdone, pero... Con qué tú, no eres tú?

FRANC. Qué dice?

- ALBERTO. Ese mozo está loco.
- JULIAN. Enteramente loco.
- ROMO. Es que se le parece... Oh! Pero cómo se le parece!
- FRANC. Déjame tranquilo! No sueñas mas que con las semejanzas!... Decididamente tiene algo de loco.
- ROMO. En los ojos... es claro! Figúrese usted que es un richon... El hijo de un banquero!...
- FRANC. Ah! Quién? ese caballero?
- ROMO. No: el otro, el lancero.
- FRANC. (Está tocado!) Anda, lleva ese velador. (*Señala á la galeria.*)
- ROMO. (*Preocupado.*) Yo quisiera ver á ese paisano de uniforme! (*PAULINA pasa por el fondo y se vá.*) Hé aquí otra á quien yo quisiera ver tambien de uniforme. (*Se vá.*)
- SARGEN. (*Saliendo.*) Aonde se han metio? Me han traio aqui para tenerme tomando el fresco? Cáspita! Si el coronel supiera que en vez de arrestar á Alberto, ando con él de picos pardos! (*FRANCISCO con bandeja de helados.*) Eh? Qué trae este lacayo en esa bandeja?
- FRANC. Gusta usted, caballero?
- SARGEN. Con quién habla usted?
- FRANC. (Calle! Yo conozco esta cara!) No toma usted?
- SARGEN. El qué? Esa mantequilla? (*Toma un sorbete: FRANCISCO se vá: tira un bocado al sorbete.*) Ay Me ha dejao tieso!
- CORONEL. (*Dentro.*) Vuelvo, señores, vuelvo.
- SARGEN. El coronel! Huy! (*Echa el sorbete en el sombrero y se mete debajo de la mesa.*)
- CORONEL. Ella ha venido hácia aqui... Y ese pollo mequetrefe no está en el salon. Ah! si intentará burlarse de mí?... Veamos en esa sala... (*Se vá.*)
- SARGEN. (*Asomando la cabeza por la mesa.*) Cristo! en la que mé metió! Huyamos. (*Sale y echa á correr. ROMO sale con dos botellas, ve al SARGENTO y dá un grito.*)
- ROMO. Otro!
- SARGEN. Ah! (*Huye por otro lado.*)
- ROMO. Jé! (*Le sigue.*)
- CORONEL. (*Dentro.*) Sí, sí: despues!
- SARGEN. Zambomba! (*Retrocede al oír la voz del CORONEL.*)
- ROMO. Mi sar...
- SARGEN. Achanta!
- ROMO. Pero se ha vinio tóo el mundo á vivir á esta casa?

ESCENA VIII.

PAULINA, *despues* ALBERTO.

PAULINA. (*Buscando cerca del piano.*) Yo creia haberle dejado aqui.

ALBERTO. (*Entrando.*) Dónde está mi pareja? (*Apercibiéndola.*) Ah! es ella!

PAULINA. (*Viéndole.*) Es él!

ALBERTO. (Yo bien quisiera obligarla á que se me descubriese, sin que yo tuviese que descubrirme á ella!)

PAULINA. (*Revolviendo cuadernos de música sobre el piano.*) (Yo no puedo preguntarle si es él quien me ha abrazado!)

ALBERTO. Señora...

PAULINA. Ah! caballero, no habia visto á usted.

ALBERTO. Perdone usted...

PAULINA. Oh! No me incomoda el verle á usted aqui... Estoy segura de que no seguirá usted atormentando al pobre coronel. No le quiere usted?

ALBERTO. No he podido sufrirle nunca.

PAULINA. Ah! Con que le conoce usted?

ALBERTO. (*Reprimiéndose.*) Yo! Es decir, conozco uno en su regimiento...

PAULINA. (*Con intencion.*) Eso es otra cosa... Tendrá usted alli un hermano.

ALBERTO. Un hermano!...

PAULINA. Que se le parece á usted mucho.

ALBERTO. Qué dice usted, señora?

PAULINA. Un simple lancero.

ALBERTO. Le ha visto usted? (*Vivamente.*)

PAULINA. En una corrida de toros, en Vicálbaro: estaba en un tendido con algunos amigos, soldados sin duda como él.

ALBERTO. Pero ese pobre lancero no era sin duda digno de compasion, sino de envidia, si usted se dignó fijar en él su mirada.

PAULINA. Caballero... pero cómo suponer que tenga usted un hermano en el regimiento, á no ser que sea, como decian el coronel y su hermana, algun hijo de familia obligado á engancharse, algun mala cabeza?

ALBERTO. Yo daría á usted gracias, señora, si tuviese un hermano.

PAULINA. Es que la semejanza es tan singular...

ALBERTO. Hay muchas como esta, y yo mismo al ver á usted he sentido una sorpresa, una emocion...

PAULINA. Ah! estaba usted conmovido?

ALBERTO. Sí: las facciones de usted me trajeron á lamemoria una jóven encantadora á quien ví un dia...

PAULINA. En los toros quizá? (*Sonriendo.*)

ALBERTO. No, no: creo que no fué allí. Tenia la estatura de usted... esa sonrisa tan delicada... esas miradas tan dulces, y hasta... trabajo le costará á usted creerlo: hasta tenia la voz de usted. No la ví mas que un instante.

PAULINA. Un instante, y se acuerda usted de todo eso?

ALBERTO. Es que hay recuerdos que se graban pronto en un corazon y que no se borran jamás! Su imágen ha permanecido aqui, é impaciente por volverla á ver...

PAULINA. Cree usted encontrarla en todas partes!

ALBERTO. No tal!

PAULINA. Sí tal, puesto que la encuentra usted en mí.

ALBERTO. Tambien usted encuentra en mí, señora, aquel lancero á quien no vió mas que un instante.

PAULINA. Es verdad.

DUO.

- PAULINA. Nada tema si su pecho
de pasiones no varia;
diga al menos que algun dia
suele en trages variar..
- ALBERTO. Temo, hablando de ese modo,
disipar la dicha mia,
que á un soldado quién podria
su cariño consagrar?
- PAULINA. Si el soldado es reservado,
la aldeana lo será.
- ALBERTO. Luego usted es la aldeana
que robó mi libertad?
- ALBERTO. Qué importa el vestido,
si amor es del alma,

PAULINA. y al verte, rendido
el alma te dí?
Qué importa el vestido
si amor es del alma,
y al verle rendido
tambien me rendí.

ESCENA IX.

DICHOS: EL CORONEL *entrando por la derecha.*

CORONEL. Usted me dispensará, señora; pero va á concluir el rigodon y yo he estado esperando en vano á este caballero... (Concibo que me haya olvidado.) (*Le mira con cólera.*)

ALBERTO. No, coronel, al contrario.

PAULINA. En efecto, coronel: este caballero venia á recordarme mi promesa, pero yo andaba buscando mi ramillete...

CORONEL. Un ramillete de flores silvestres?...

PAULINA. Hecho por mí misma, y que he dejado caer sin duda.

CORONEL. Yo recogí uno hace poco y le puse sobre aquella mesa de juego. (*Se dirige á la galería. ALBERTO saca el ramillete que cogió en el primer acto y se lo ofrece á PAULINA.*)

PAULINA. Caballero... (*Vacilando.*)

ALBERTO. La buscaba á usted para devolvérselo. (*Sale el Coronel.*)

CORONEL. No es este? (*Trae un ramillete.*)

ALBERTO. No, coronel, no. Yo he encontrado aqui el ramillete de esta señora.

PAULINA. Este es. (*Toma el ramillete de Alberto.*)

CORONEL. Es singular! Y el que yo he encontrado?

ALBERTO. (*Sonriendo.*) Será sin duda el de alguna aldeana.

CORONEL. Caballero... (*Arrojando el ramillete.*)

ALBERTO. Hay aldeanas muy lindas en este país. (*Sonriendo.*)

CORONEL. Os las cedo.

ALBERTO. Gracias! (*Sonrie mas fuerte.*)

PAULINA. De todos modos, coronel, perdone usted la falta que he cometido. Yo le prometo á usted un rigodon por la deuda y un vals por los intereses.

(*Aparecen dos señoras á la puerta del salon de baile
PAULINASE vá con ellas. ALBERTO se dispone á seguirlas.*)

ESCENA X.

EL CORONEL, ALBERTO.

ALBERTO. (*Al salir.*) Esta vez, coronel, me tocará á mí bailar frente á usted.

CORONEL. Voto á mil demonios! Caballero, querrá usted decirme si trata usted de que dure mucho tiempo ese airecillo burlon?

ALBERTO. Por qué, coronel?

CORONEL. Le prevengo á usted que tengo poca paciencia.

ALBERTO. Tanto peor: la paciencia es una hermosa virtud.

CORONEL. Para los que no tienen otra no digo que no.

ALBERTO. Se enfada usted, coronel?

CORONEL. Yo no permito que me falten á la palabra. Usted me habia prometido bailar frente á mí en el rigodon.

ALBERTO. Dispéñseme usted; pero como andaba buscando el ramillete de mi pareja...

CORONEL. No, caballero, no le dispenso, y le insto á usted que ha estudiado tan bien las bellas artes, á que repase un poco el manual de la urbanidad.

ALBERTO. Usted me prestará su ejemplar, coronel.

CORONEL. Haré otra cosa mejor. Le daré á usted una leccion, en pago de las que usted me ha dado.

ALBERTO. Oh! no valen la pena! (Decididamente me busca camorra!)

CORONEL. Y aqui entre nosotros, le prevengo á usted una cosa, que le suplico no olvide: yo amo á Paulina...

ALBERTO. Y ella le ama á usted?

CORONEL. Y no permitiré respecto á ella los obsequios del primero que llega.

ALBERTO. Ese será usted. (*Con viveza.*)

CORONEL. Caballero... (*Con interés.*)

ALBERTO. (*Con calma.*) Sí, puesto que usted ha llegado antes que yo.

CORONEL. En buen hora; pero cuando he tomado una posicion la defiendo. Exijo, pues, que cese usted.

ALBERTO. En cuanto á eso, coronel, usted conoce bastante el

manual de la galanteria, para saber que en el baile no se reciben órdenes sino de una muger.

CORONEL. Usted empezará por recibir las mias.

ALBERTO. No.

CORONEL. Sí.

ALBERTO. No.

CORONEL. Sí, ó vive Cristo! (*Se miran con cólera.*)

ALBERTO. (Diantre! Es mi coronel!)

ESCENA XI.

DICHOS: JULIAN, y despues DOÑA SIMEONA.

JULIAN. Coronel!

CORONEL. Qué es eso? Qué hay? (*Tranquilo.*)

JULIAN. Está usted hablando con mi amigo Lara?

ALBERTO. Sí, hablábamos amistosamente.

CORONEL. Sí, amistosamente.

JULIAN. (*Observándolos.*) Creo que no se negarán ustedes á hacer pie en una partida de tresillo que nuestra amable Paulina me ha encargado que organice.

ALBERTO. Estoy á sus órdenes.

JULIAN. Y usted, coronel?

CORONEL. Con mucho gusto, aunque no entiendo gran cosa de cartas: no son mi arma ordinaria.

JULIAN. Aquí no tenemos otras.

CORONEL. Yo las he visto, sin embargo, muy hermosas allí, en aquella galeria.

ALBERTO. Es verdad; pero las cartas son mas alegres.

JULIAN. Y menos peligrosas.

CORONEL. Eso es segun los gustos.

ALBERTO. Ah! El coronel tiene miedo de perder su dinero.

CORONEL. Eso se queda para los que no tienen otra cosa que arriesgar.

SIMEONA. (*Desde la puerta.*) Hermano mio, te buscaba.

JULIAN. Vamos, señores. (*A varios caballeros que entran en la galeria, y bajo á ALBERTO.*) Por qué diablos vas á entretenerte en picarle? Paulina está asombrada... Ya sabe quién eres.

ALBERTO. Vive Dios! Mi aldeana.

JULIAN. Qué dices?

SIMEONA. Paulina me ha hablado de tí con una emocion!... La has hecho la corte!... Bribon, tú estás contento, te lo conozco.

CORONEL. Yo... Sí... muy contento. (*Se dirige al fondo.*)

SIMEONA. Estaba segura de ello. (*Sentándose en la butaca.*)

ALBERTO. Voy á ganarle á usted el dinero, coronel.

CORONEL. Eso es lo que vamos á ver. Pase usted! (*A ALBERTO: pasa el primero.*)

ALBERTO. Es usted muy fino!... (*Riéndose: A JULIAN.*) (*ES UN MAS-
tin!*) (*Entran donde estan las mesas de juego.*)

ESCENA XII.

DICHOS: PAULINA, luego ALBERTO.

PAULINA. Dónde estan? (*Entra por la derecha.*)

JULIAN. Jugando juntos. Mire usted.

PAULINA. Muy bien, doña Simeona!

SIMEONA. Querida Paulina!

PAULINA. Va á empezar el wals.

SIMEONA. Y mi pareja me aguarda. Voy, voy. (*Si yo sacara de este baile mi cuarto marido!*) (*Váse por la derecha.*)

JULIAN. Señora... (*Tendiendo la mano á PAULINA.*)

PAULINA. Quédese usted.

JULIAN. Qué hay?

PAULINA. Su amigo de usted es un imprudente, y me temo que va á ocasionar un lance con el coronel.

ALBERTO. (*Dentro.* El coronel está derrotado!

PAULINA. Lo oye usted?

JULIAN. Yo le he hablado de parte de usted.—Pero dónde se han visto ustedes por primera vez? (*Se oye una carcajada de ALBERTO.*)

CORONEL. (*Dentro.*) Voto á cribas!

TODOS. Coronel!

PAULINA. Todavía!

JULIAN. No es nada. Alberto que deja la mesa de juego. Pero esplíqueme usted el misterio de la aldeana.

PAULINA. Es muy sencillo. Quise conocer antes de recibirle al marido que quiere darme mi tia, y... (*A FRANCISCO que entra.*) Francisco, ha visto usted en la galeria al señor coronel y al señor de Lara?

- FRANC. Sí, señora. Esos caballeros se entretienen en jugar con unas espadas...
- PAULINA. Ah! (*Mira á JULIAN.*)
- JULIAN. Pero era juego?
- FRANC. Sí: todos se reían mucho.
- PAULINA. Bien está. Vaya usted á la galería y vea usted lo que pasa. (*Váse FRANCISCO.*)
- JULIAN. Tranquilícese usted, señora. Yo no abandonaré á Alberto: además, ya se acerca la hora en que debe partir.
- PAULINA. Ah! Me alegro mucho. Vaya usted, vaya usted, y suplíquele de mi parte que sea prudente.

ESCENA XIII.

PAULINA, JULIAN, DOÑA SIMEONA *y otras varias personas en el fondo,*
luego FRANCISCO: óyese la música que toca un rigodon.

- SIMEONA. Sí, el rigodon!... Voto á cien legiones!... Buenas estamos ahora nosotras para rigodon! (*Bajo.*) Pero no saben ustedes que han salido los dos?
- JULIAN. Quiénes?
- PAULINA. Señora!
- SIMEONA. Mi hermano y ese necio, que se ha atrevido á tocarle con la punta de su espada.
- PAULINA. Oh! Cielo!
- SIMEONA. No tema usted nada, querida mía. Caras le costarán sus gracias al pollo: mi hermano es invencible.
- PAULINA. Dios mio!
- JULIAN. Qué hay? (*A FRANCISCO que entra.*)
- FRANC. Que esos señores han bajado detrás del terrado, y el asistente del coronel, que desde lejos los ha visto cruzar las espadas, dice que uno de ellos ha caído.
- PAULINA. Oh!
- JULIAN. Corro allí.
- SIMEONA. Y yo: venga un sable, una lanza, una arma cualquiera!

ESCENA XIV.

DICHOS: EL CORONEL *aparece por el fondo.*

SIMEONA. Ah! Mi hermano!

PAULINA. El coronel! (*Se apoya en la butaca.*)

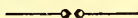
CORONEL. (*Con tranquilidad á PAULINA.*) Señora... vengo á reclamar mi rigodon.

(*JULIAN sale precipitadamente. EL CORONEL dá la mano á PAULINA. DOÑA SIMEONA toma una actitud triunfante. Todos se dirigen al salon de baile.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.



Sala en la casa del Coronel con puerta al fondo: á la izquierda en primer término la puerta del gabinete del Coronel, y enfrente la del de Doña Simeona. Un pupitre con velador, sobre el cual estan las armas del Coronel. Cuadros, sillas, etc. etc.

ESCENA PRIMERA.

ROMO, luego CURRA.

- ROMO. Si esta es buena vida... (*Limpiando las armas del CORONEL.*) Ah! Cuánto mas vale ser... cualquier cosa: saltador de caminos, intendente... adminis... cualquier cosa.
- CURRA. (*Dentro.*) Sí. El señor Pepe, el asistente del señor coronel. (*Saliendo.*) Ah! ya le veo!
- ROMO. Eres tú, Curra mia?
- CURRA. (Procuremos averiguar sin que lo note...) Ya ves que soy muy exacta!
- ROMO. Y linda! Voto va!
- CURRA. Sí?

- ROMO. Vas á trastornar la cabeza al coronel. Tú vas á pedirle mi mano: quién sabe si...
- CURRA. No me hagas temblar; ya sabes que soy tímida y pudorosa, y solo de figurarme que le he de ver, me estremezco.
- ROMO. Y por qué, tontona?
- CURRA. Pues no me has dicho mil veces que es una fiera?
- ROMO. Con sus soldados, es verdad; pero con vosotras!... Y sobre todo, si llega á ver ese palmito, ese talle... (*Abrazándola.*)
- CURRA. Quita, bruto! No ves (*Dándole un empellon.*) que me estás ajando el vestido?
- ROMO. Sabes, Currilla, que para ser tan tímida tienes unos puños...
- CURRA. Cuándo me presentas al coronel?
- ROMO. Cuando se haya levantado, porque has de saber que anoche volvimos algo tarde; nos sucedieron unas aventuras en cierta quinta...
- CURRA. (*Ya pareció!*) De veras?
- ROMO. Donde encontré una porcion de caras conocidas; una sobre todo!
- CURRA. Quién era?
- ROMO. El señor Alberto, el lancero!
- CURRA. Bah! bah! (*Riéndose.*)
- ROMO. Cuando yo te lo aseguro...
- CURRA. Calla! calla!
- ROMO. Pero...
- CURRA. Te digo que calles. Has hablado de eso con el coronel? (*Con seriedad.*)
- ROMO. Eso no, porque si en efecto fuera él... caramba!
- CURRA. (*Le fusilarian.*) Pero no está arrestado?
- ROMO. Y sin embargo...
- CURRA. Mira: si te vuelven á ocurrir semejantes ideas, si hablas una palabra de eso, te olvido y te desheredo.
- ROMO. Ah! bien! Punto en boca. Qué no haria yo por tí?

DUO.

- ROMO. Hermosa cantinera del alma mia,
si mil vidas tuviera mil te daría.

CURRA. Cuando el lazo estrechemos unidos los dos felices viviremos y en gracia de Dios.
Dichosa la que espera con alegría tu amada compañera llamarse un día.
Cuando el lazo estrechemos casados los dos felices viviremos y en gracia de Dios.

ESCENA II.

DICHOS: *el CORONEL, que sale del gabinete de su hermana: DOÑA SIMEONA, y luego el sargento SUAREZ.*

CORONEL. Déjame, con mil diablos!

ROMO. Mi coronel!

CURRA. Vaya un gesto! (*Retirándose.*)

SIMEONA. Un matrimonio tan ventajoso!

CORONEL. Bonito papel he hecho!

SIMEONA. Nadie podrá persuadirme...

CORONEL. Qué es eso? Qué haces ahí? (*A Pepe.*)

SIMEONA. Qué muger es esa?

ROMO. Una muger? qué! No señora: es decir...: sí... perdone V. S., mi coronel, y V. S., mi comandanta! Es la cantinera, que desea tener el honor de entrar en el regimiento... es decir; que quiere dar su mano á Pepe el Romo. Presente!

CORONEL. Ya! ya recuerdo que me has hablado... Que se acerque.

ROMO. Oyes? Vamos! no seas palurda. (*En voz baja.*)

CORONEL. Sabes para qué me convidaron? para espolear el amor de ese señorito de Madrid.

SIMEONA. Todavía le guardas rencor? Bien ha pagado su temeridad! Le has herido... y en paz.

CORONEL. Todavía no. (*Volviéndose bruscamente á CURRA, que empujada por PEPE se halla cerca de él.*) Qué es esto?

CURRA. Señor coronel! (*Retrocediendo.*)

ROMO. Como V. S. la dijo que se acercara...

CORONEL. Silencio! Es usted la que tiene el mal gusto de querer desposarse con este imbécil?

CURRA. Mi coronel!

ROMO. Es una antigua cantinera.

CORONEL. Silencio, digo. Es usted soltera?

CURRA. No, señor.

CORONEL. Viuda?

CURRA. Como si dijéramos! Mi primer marido acababa de recibir la licencia para casarse cuando murió de un balazo en Cataluña.

CORONEL. Bien! Ya veremos.

ROMO. (Ya veremos! Qué es lo que querrá ver mi coronel?)

CORONEL. Ahora, que me dejen en paz!

CURRA. Bien, mi coronel! (Es un puerco-espín! Pobre Alberto!) (Se dirige al fondo con PEPE.)

SIMEONA. Hablemos ahora de ese casamiento.

SUAREZ. Mi coronel? (Sale por el foro.)

CORONEL. No vuelvas á nombrármelo.

ROMO. Ahí está el sargento Suarez, á quien mi coronel ha mandado llamar.

SUAREZ. Y que sumiso á las órdenes de mi coronel... (Cáspita! qué mocetona!)

SIMEONA. (No es mal mozo!)

CORONEL. Tiene usted en su compañía un lancero que se llama Alberto?

CURRA. Alberto? (Se detiene en la puerta del fondo.)

CORONEL. Qué es eso? Todavía no se ha marchado usted?

CURRA. Iba en este momento!... Quédate aquí. (A PEPE que quiere acompañarla.)

ROMO. Que me quede?

ESCENA III.

EL CORONEL, DOÑA SIMEONA, ROMO, SUAREZ.

CORONEL. Y qué casta de pájaro es ese Alberto?

SUAREZ. Un buen muchacho.

CORONEL. Un buen muchacho! Un calavera, dirá usted. Un mal soldado que faltó ayer á la revista.

SUAREZ. Por esa razón le he hecho arrestar.

CORONEL. Nada más que arrestarle?

SUAREZ. Esta es la costumbre.

CORONEL. No, señor, no! Se arresta por una pequeña falta, por hablar en las filas... por... En fin, ya estoy viendo lo que ello será: es hijo de alguna familia acomodada;

recibirá dinero de su casa, que gastará entre sus camaradas, y tal vez con sus superiores! Os paga el vino, el tabaco, y quién sabe qué otras cosas mas. Por lo tanto se le guardan consideraciones, no es esto? Pues como vuelva á suceder, á la menor debilidad de vuestra parte, yo sabré enseñar al mas encopetado cuál es su deber.

SUAREZ. Si mi coronel supiera quién es el sargento Suarez, no le diria esas cosas.

CORONEL. Calle usted.

SUAREZ. (Este hombre es un camello!)

SIMEONA. Es ese lancero de quien te hablaron en la quinta?

CORONEL. Sí, por lo visto no le faltan protectores. No bien me habia levantado, recibí una carta de Madrid.

SIMEONA. Considera que ese pintor que te lo ha recomendado, es persona que tiene grande influencia allá arriba.

CORONEL. Sí, un amigo de aquel títere! Bonita recomendacion!

SUAREZ. Mi coronel?

CORONEL. No hablo con usted, mil bombas! Si no tiene la madera de que se hacen los soldados, tenia mas que quedarse en su casa? Qué puede esperarse de un hombre que aun no ha sabido ganarse los galones de cabo?

SUAREZ. Perdone V. S., mi coronel... En cuanto á eso...

ROMO. Sí, mi coronel, los tuvo; pero...

CORONEL. Qué haces ahí? Márchate.

ROMO. Voy. (Curra me ha dicho que me quede.) (*Se aleja despacio y se queda á la puerta del fondo.*)

SIMEONA. Segun parece, llegó á tener los galones.

CORONEL. Y por qué los ha perdido?

SUAREZ. Porque... se los han quitado.

CORONEL. Porque le imponian deberes á los cuales faltaria sin duda. Sabe usted quién es su padre?

SUAREZ. Lo ignoro.

ROMO. Creo que es...

CORONEL. Todavía estás aqui? No me has oido?

ROMO. Ya me voy, mi coronel. (*Váse por el fondo.*)

SIMEONA. Allá se dijo que su padre era un banquero.

CORONEL. Puesto que me lo recomiendan con tal interés, yo le observaré de cerca. Dígale usted que se me presente al instante.

SUAREZ. Qué ha dicho V. S., mi coronel?

CORONEL. Que se me presente. (*Con impaciencia.*)

SUAREZ. Al instante. (Lance mas apurado! Y si al perillan no le ha dado la gana de volver todavia!) (PEPE *entra y tropezaba con el SARGENTO.*)

ROMO. Mi comandanta... Ah! perdone usted, mi sargento.

SUAREZ. Animal!

CORONEL. A qué vuelves aqui? Cumpla usted mis órdenes. (*Váase el Sargento.*)

ROMO. No es á V. S., mi coronel...
(*Dirigiéndose á Doña Simeona.*)

SIMEONA. Qué hay?

ROMO. Está ahí aquella señora de... ya sabe V. S., la aldeana...

SIMEONA. Qué aldeana?

ROMO. No; quise decir...

PAULINA. (*Dentro.*) Un cuartel! Cosa mas chistosa! (*Riendo.*)

SIMEONA. Paulina!

CORONEL. Señora... (*Saliendo á recibirla.*)

ROMO. (Sí, sí, Paulina! Lo que es á mí!...)

ESCENA IV.

DICHOS y PAULINA.

PAULINA. Querida mia! Buenos dias, coronel.

SIMEONA. Qué sorpresa!

CORONEL. Cuánta bondad!

PAULINA. Oh! cuando se sepa que he venido de este modo á la casa de un coronel...

SIMEONA. A la de su hermana.

CORONEL. Guardaremos el secreto.

PAULINA. Qué me importa el secreto, cuando vengo decidida á verificar un rapto?

CORONEL. Oiga! Y quién es el venturoso?...

PAULINA. Usted, coronel.

CORONEL. Yo?

PAULINA. Y su señora hermana. Vamos, póngase usted su sombrero.

SIMEONA. Con que un rapto! (*Hace señas á Pepe de que ponga sillas y se vaya.*)

PAULINA. Sí, señora. Mi tia está mejor, mucho mejor, y quiero pagarla hoy la fiesta que nos dió ayer; pero estaremos

- solos los cuatro. Tendremos música, nos pasearemos por el jardín, y si no podemos tener baile, nos iremos por la noche al teatro.
- CORONEL. Magnífico programa!
- SIMEONA. No hay nadie de fuera?
- PAULINA. Todos se han marchado, á Dios gracias.
- CORONEL. Me alegro.
- PAULINA. Don Julian ha salido para Madrid en el coche de mi tia; no quiero ya que me haga el retrato.
- CORONEL. Don Julian! Ah, ya! el amigo de aquel jovencito!
- PAULINA. Ya! ya! no le perdonaré en mi vida el haber presentado en mi casa al tal caballero. Si supiese usted cuánto sentí aquel lance!
- CORONEL. Yo lo único que sentí fué el haberme dejado arrebatarse un solo momento. Aunque las niñadas de aquel señorito merecian una leccion, debí observar otra conducta; pero se empeñó en desarmarme para coronar el insulto.
- SIMEONA. Y ya vé usted, Paulina, que un coronel no es un juguete para que pueda divertirse un niño.
- PAULINA. Eso es lo que yo digo.
- CORONEL. Por lo demas, una herida en un brazo no es cosa de que puede morir, si el mocito no es de alfeñique.
- PAULINA. Así lo espero. (*Conteniéndose.*) Pero usted, amigo mio, no sufrió lesion ninguna?
- CORONEL. Nada, un arañazo en una mano.
- SIMEONA. Y qué se ha hecho del jovencito?
- PAULINA. Salió para Madrid, donde segun me han dicho está para casarse.
- CORONEL. Buen viaje.
- PAULINA. Es uno de esos importunos, á quienes no quisiera una ver segunda vez en su vida.
- CORONEL. Pídale á Dios que no vuelva á encontrarse conmigo, porque me pagaria caro el disgusto que la causé á usted. Haberme obligado á faltar á las consideraciones...
- PAULINA. No piense usted mas en eso. Vamos! no salimos?
- CORONEL. Yo iré mas tarde: tengo consejo de disciplina por la mañana; y ademas un asunto que me recomendó don Julian.
- PAULINA. Pero si usted quisiera, dejando á otro sus órdenes...
- CORONEL. Señora!
- PAULINA. Vamos, coronel! Usted se empeña en desairarme.

CORONEL. Eso no.

PAULINA. Habré de decir á mi tia que usted se ha negado...

CORONEL. Yo no me niego.

PAULINA. Es posible!

CORONEL. Hace usted las cosas con tanta gracia, que no hay medio de resistir. Esta es la vez primera de mi vida que sacrifico el deber á los placeres.

PAULINA. Por algo se empieza. (*Riendo.*)

SIMEONA. Yo no pido mas tiempo que el que necesito para dar algunas órdenes.

CORONEL. Y yo para escribir algunas cartas.

PAULINA. Pero sea pronto, señor coronel. (*PAULINA y SIMEONA se van por el fondo.*)

ESCENA V.

EL CORONEL, luego SUAREZ.

CORONEL. Es encantadora! Ah! Ya no es fácil escapar de sus redes! Qué hay?

SUAREZ. Perdona usia, el lancero Alberto no está en disposicion de presentarse delante de sus gefes.

CORONEL. Por qué no?

SUAREZ. Porque... la verdad!... no es su costumbre; pero lo que es hoy... está... un poquito peneque.

CORONEL. Está borracho!

SUAREZ. Esa es la palabra. Al principio no me lo pareció; pero sin duda el aire libre...

CORONEL. Que venga por fuerza, si es que se resiste.

SUAREZ. Vendrá, mi coronel. (*Váse.*)

CORONEL. Asi son, ni mas ni menos, estos lindos. En cuanto á este matrimonio, mi hermana tiene razon, es muy ventajoso, y si á esto se añade que el corazon me habla en su favor...

ESCENA VI.

EL CORONEL, ALBERTO, SUAREZ.

SUAREZ. Aqui está nuestro hombre.

ALBERTO. No me toque usted, yo sé andar por mis pies. (*Saluda militarmente, procurando cubrir el rostro.*)

CORONEL. Este es.

ALBERTO. Mi coronel.

CORONEL. En qué estado. (*Sigue escribiendo.*)

ALBERTO. Me pregunta mi coronel por mi estado? lancero de la cuarta compañía del escuadron...

SUAREZ. Chist!

ALBERTO. Chist!

CORONEL. Señor sargento! La culpa no es de nadie mas que de usted: si se le hubiese puesto en el cepo, no sucederia esto.

SUAREZ. Verdad es.

ALBERTO. Perdona usia; pero el que verdaderamente tiene la culpa, es el vinillo nuevo, que...

CORONEL. Bien está.

ALBERTO. Ah! pues si está bien... (*Queriendo marcharse.*)

SUAREZ. Espere usted.

ALBERTO. Pero si el coronel ha tenido el honor de decirme...

CORONEL. Qué es eso?

(*Alberto se cubre el rostro rápidamente.*)

ALBERTO. Ah!

SUAREZ. Chist!

ALBERTO. Chist! Vámonos!

CORONEL. Espere usted. Si este hombre (*Levantándose.*) estaba arrestado por veinte y cuatro horas, dónde ha cogido?...

SUAREZ. En la cantina, sin duda.

CORONEL. A ver? (*Le sorprende descuidado y le vé.*) Qué parecido tan singular! (*Se le aproxima.*)

ALBERTO. Perdona usia; pero este (*Le vuelve la espalda.*) pícaro vinillo....

CORONEL. Vuélvase usted. (*Le derriba la gorra.*)

ALBERTO. Mi coronel!...

CORONEL. Este hombre no ha estado (*Al Sargento.*) en el calabozo.

SUAREZ. (Malo.)

ALBERTO. Mi gorra!

CORONEL. Ni ha pasado la noche en el cuartel!

SUAREZ. Le juro á usia...

CORONEL. Ni está borracho.

ALBERTO. No es verdad? Eso es lo que yo he dicho al sargento.

SUAREZ. (Bah! Pues no dice que...)

CORONEL. Si estan ustedes burlándose de mí, cuidado! le castigaré á usted. (*Al sargento.*)

SUAREZ. A mí!

ALBERTO Magnífico. (*Riendo.*)

CORONEL. Le haré á usted fusilar. (*Volviéndose á Alberto.*)

ALBERTO. Fusilar á mi sargento! (*Llorando.*)

CORONEL. Le digo á usted que ese hombre ha salido del cuartel.
(*Al sargento.*)

ALBERTO. Chist!

SUAREZ. No puedo negarlo.

ALBERTO. La verdad, me he escapado.

SUAREZ. Eso es, se ha escapado.

CORONEL. Y dónde ha pasado usted la noche?

ALBERTO. Chist! En el cuarto de la cantinera! pero cuidado con que se entere ese pobrete...

CORONEL. Ha salido usted vestido de paisano?

SUAREZ. Le juro á usia por mis galones...

CORONEL. Déjeme usted en paz. Ha ido usted esta noche á la quinta de Santa Engracia?

ALBERTO. No sé dónde está!

CORONEL. Jum! Ya veremos.

ESCENA VII.

DICHOS: PAULINA.

PAULINA. (*Dentro.*) Está usted ya lista? Voy á buscar al coronel. Señor mio! (*Viendo á Alberto.*) Ah! creí que estaba usted solo.

CORONEL. Señora!

SUAREZ. (Cáspita! Qué linda!)

ALBERTO. Desfilamos?

CORONEL. Quieto! Paulina; llega usted á muy buen tiempo. Ahí tiene usted el protegido de su amigo el pintor.

PAULINA. Ese es?

ALBERTO. Presente.

CORONEL. Ya ve usted si tenia yo razon! Estos barbilindos, no sirven en la milicia sino para corromper...

ALBERTO. Presente.

CORONEL. Está completamente embriagado.

PAULINA. Es posible! Já! Já!

ALBERTO. Permítame usia...

SUAREZ. Chist!

CORONEL. Pero no ha notado usted que se parece extraordinariamente...

PAULINA. A quién?

CORONEL. A aquel trastuelo...

ALBERTO. Trastuelo? (*Conteniéndose.*) Hablan de usted, mi sargento.

SUAREZ. De mí? voto...

ALBERTO. Chist!

CORONEL. El que estaba ayer en la quinta.

PAULINA. Quién! Ese soldado! Qué aprension!

CORONEL. Mírele usted bien.

PAULINA. Calle! Sí, en efecto... tiene algo en los ojos!... pero en lo demas, no!

CORONEL. (Nadie me quita de la cabeza!...)

ALBERTO. Mucho me mira la señorita! Si le habré dado golpe!

SUAREZ. (Qué tiene esta gente?)

PAULINA. Nada! nada! yo no encuentro semejante parecido.

ESCENA VIII.

DICHOS: ROMO.

ROMO. Coronel!

CORONEL. Qué traes aqui?

ROMO. Acaba de llegar un caballero con una carta del ministro, y espera á usia en su gabinete.

CORONEL. Voy allá! Dime, no recuerdas (*Aparte á Romo.*) haber visto esa cara en alguna otra parte? Anoche en la quinta?

ROMO. Bah! mi coronel!

CORONEL. Es extraordinario!

ROMO. (La Curra me ha prohibido...)

CORONEL. Dispénseme usted. (*A Paulina.*)

PAULINA. Vuelva usted pronto, coronel. (*Váse por el fondo.*)

CORONEL. Sargento.

SUAREZ. Señor!

CORONEL. Me dará usted cuenta de su conducta, por haber dejado salir á ese hombre, y le tendrá usted encerrado hasta nueva orden. Si se resiste, póngale usted en el cepo. (*Vá á marcharse y se detiene.*) (La herida fué en el brazo derecho! Ah! qué idea!)

ALBERTO. Vamos, sargento.

(El Coronel se dirige hacia él rápidamente, le aprieta el brazo derecho. Alberto deja caer el chacó y le mira fijamente sin inmutarse.)

CORONEL. Alberto!

ALBERTO. Qué se ofrece? (Sonriéndose.)

CORONEL. Esa gorra. Ah!! (Con despecho.) Ya me las pagarán todos. (Váse con Romo.)

ESCENA IX.

ALBERTO, SUAREZ, luego PAULINA.

ALBERTO. Ah! (Conteniendo un grito.)

SUAREZ. (Buena la hemos hecho!)

ALBERTO. Oh! mi herida! (Cayendo en una silla.)

SUAREZ. Se pone malo!

ALBERTO. Teñí hacerme traicion.

PAULINA. Se ha ido ya?

ALBERTO. Señora! (Corriendo hacia ella.)

PAULINA. Silencio! Estoy temblando!

ALBERTO. Tranquilícese usted, estamos solos.

SUAREZ. Eh, señorito! Es necesario que...

ALBERTO. Es necesario que yo hable con esta señora.

SUAREZ. No puedo permitirlo.

PAULINA. Yo se lo ruego á usted!

SUAREZ. Pero...

ALBERTO. Si usted supiera cuán avergonzado estoy del papel que he tenido que representar delante de usted.

SUAREZ. Calla! cómo se le ha pasado!

PAULINA. Ya lo habia conocido!

ALBERTO. He logrado desvanecer las sospechas del coronel, y gracias á usted...

SUAREZ. Vamos al calabozo?

ALBERTO. Luego.

SUAREZ. Al instante; es mi consigna.

PAULINA. Soy una amiga de la familia de este jóven.

SUAREZ. Sí será usted; pero si viene el coronel...

ALBERTO. Pues bien, póngase usted de atalaya.

SUAREZ. Cómo?

ALBERTO. O digo la verdad al Coronel.

SUAREZ. Diablo! Diablo!

PAULINA. Un instante nada mas.

SUAREZ. Bien. (Yo he visto esa cara en otra parte.) (*Váse por la izquierda.*)

ALBERTO. Usted aquí, señora! en la habitación del coronel!

PAULINA. He venido para llevármele á mi quinta antes de que le viese á usted, á fin de dar tiempo á don Julian... Se trata de buscarle á usted inmediatamente un sustituto.

ALBERTO. Un sustituto?

PAULINA. Es preciso.

ALBERTO. No, señora, no! Mi padre me ha obligado á tomar este partido estremo, y con las cosas que han ocurrido despues de mi enganche, yo no puedo volver á entrar en esa sociedad sin cubrirme de ridículo.

PAULINA. Pero ayer no consintió usted?...

ALBERTO. Oh! ayer, al encontrarme con usted, tan buena y tan hermosa, no sé qué locos pensamientos se apoderaron de mí: creí en aquel instante que si volviese á entrar en el mundo con una muger encantadora á mi lado, todos envidiarían mi suerte. Perdóneme usted si he abrigado esta esperanza, que ha sido á la verdad muy breve. Esa muger está aquí; ha venido á ver al coronel...

PAULINA. Ha venido á disipar sus sospechas y á salvar á usted.

ALBERTO. Mañana será dueño de esa mano.

PAULINA. Quién le ha dicho á usted que yo le quiero?

ALBERTO. Oh! Dios mio! Me permite usted que abrigue la esperanza?...

PAULINA. Creá usted lo que quiera; pero entre tanto, le advierto á usted que ese uniforme me inspira terror. (*Sale el sargento.*)

ALBERTO. Y consentirá usted?...

PAULINA. Sí! sí!...

ALBERTO. Ah! señora!

SUAREZ. Que viene gente.

PAULINA. Márchese usted.

SUAREZ. Al calabozo! (*Cogiéndole por el brazo.*)

ALBERTO. Ah! cuidado! (*Dando un grito.*)

SUAREZ. Silencio!

PAULINA. Qué es eso?

ALBERTO. Nada! nada!

JULIAN. (*Dentro.*) Bien, coronel.

SUAREZ. Nos pescan!

PAULINA. Salid!

ALBERTO. Adios! adios! (*Váse precipitadamente con Suarez.*)

ESCENA X.

PAULINA, DON JULIAN. *Luego* SIMEONA.

JULIAN. Señora... pero qué es eso? qué tiene usted? está usted temblando.

PAULINA. Acaba de salir de aquí...

JULIAN. Quién?

PAULINA. Alberto.

JULIAN. Alberto?

PAULINA. Ha logrado usted algo?

JULIAN. Diré á usted...

PAULINA. Silencio! alguien viene! (*Sale Doña Simeona.*)

SIMEONA. Todo está listo para la marcha: no viene usted? Y mi hermano? (*Vé á Julian.*) Ah! perdone usted, caballero: creía encontrarle aquí...

JULIAN. Acabo de dejarle en este momento.

SIMEONA. Vamos! ya! Viene usted á hablarle en favor de su protegido?

JULIAN. En efecto.

SIMEONA. Y espera usted alcanzar algo?

JULIAN. No sé: he entregado al coronel una carta del ministro en que permite el reemplazo de Alberto, si no hay algún motivo que lo impida.

SIMEONA. Entonces, es asunto concluido.

JULIAN. No sé, porque segun me han asegurado, está preso por... (*Mirando á Paulina.*) no sé qué sospechas. Dicen que se le va á formar consejo de guerra.

PAULINA. Ah!

SIMEONA. Habrá faltado al respeto á alguno de sus gefes?

JULIAN. Eso me temo.

SIMEONA. Malo! en ese punto, los militares somos inexorables.

JULIAN. Y vea usted, cuando acabo de encontrar un lancero de su misma compañía, que ha cumplido su tiempo de servicio, y se prestaba á servirle de sustituto.

PAULINA. No cree usted que su amigo logre justificarse?

JULIAN. Lo espero así. El dice que ha pasado toda la noche en

la habitacion de cierta cantinera...

SIMEONA. Ah! La novia de ese pobre trompeta!

PAULINA. Pero esa muger...

JULIAN. Acabo de hablarla.

SIMEONA. Y ha confesado?

JULIAN. Todo.

SIMEONA. (Pobres hombres!)

ESCENA XI.

DICHOS: EL CORONEL, luego CURRA.

CORONEL. Sí, voy al consejo de guerra. (*A Romo.*)

SIMEONA. Cómo! no nos acompañas?

CORONEL. Me es imposible!

PAULINA. Nos falta usted á su promesa!

CORONEL. Lo siento infinito; pero este caballero me ha traído de Madrid una carta que me impide por ahora acompañar á usted.

SIMEONA. Partiremos sin tí.

PAULINA. Eso no.

ROMO. Ah! Curra! (*Viéndola salir.*)

CURRA. Soy yo, mi coronel, que vengo á saber si ha determinado al fin...

CORONEL. No he determinado nada, ni consentiré jamás en semejante matrimonio.

ROMO. Cómo?

CORONEL. Tengo yo en mucho el honor de mis soldados, y no quiero que ese estúpido se case con una muger que ha recibido esta noche en su casa al lancero Alberto.

PAULINA. Cielos!

SIMEONA. Bien dicho!

ROMO. Es posible!

CURRA. Pero...

JULIAN. Silencio!

ROMO. No puedo creerlo.

JULIAN. Animo. (*Ap. á Curra.*)

CURRA. Es cierto, mi coronel.

CORONEL. Ah!

PAULINA. A la verdad; coronel, este interrogatorio es muy singular!

CORONEL. Perdone usted, señora; como usted se ha interesado tanto por ese hombre!

PAULINA. Yo? si no le conozco!

SIMEONA. Un bribon, créame usted.

JULIAN. Eh? por un ligero pecadillo...

CORONEL. Ese es su parecer de usted, caballero? Un soldado que falta así á su consigna, que se escapa del cuartel para ir á pasar la noche y á embriagarse en la casa de la futura de un camarada suyo!

ROMO. Cuando digo que no es posible!

CORONEL. Ella misma lo ha confesado.

CURRA. Sí, es la verdad.

ROMO. No! no, y no!! Tan no es cierto, que yo sé dónde ha pasado Alberto la noche.

CORONEL. Dónde?

ROMO. En la quinta de Santa Engracia.

SIMEONA. En la quinta!

ROMO. Y vestido de paisano.

PAULINA. Qué disparate!

ROMO. Sí, disparate!

CURRA. Eso es mentira.

JULIAN. Calla! (A Romo.)

ROMO. No quiero callar: Curra es una muchacha honrada...

CURRA. No.

ROMO. Sí.

CURRA. No.

ROMO. Sí.

CURRA. Pero...

ROMO. No hay pero que valga; y la prueba es que quiero casarme contigo... hoy, si puede ser.

PAULINA. Ya comprendo! sin duda ese pobre hombre se ha equivocado como el coronel...

CORONEL. Es posible! (Caviloso.)

SUAREZ. El consejo está reunido. (Saliendo.)

CORONEL. Voy allá. El lancero Alberto está en su calabozo?

SUAREZ. No, señor.

CORONEL. Cómo no?

SUAREZ. Es que... cuando le llevaba para allá, se desmayó: había perdido mucha sangre de resultas de una herida que tiene en el brazo!

SIMEONA. Una herida!

SUAREZ. Y está en la enfermería.

- CURRA. Qué necesidad tenias de hablar así, mal corazón! (*Ap. á Romo.*)
- ROMO. Yo mal corazón!
- SIMEONA. Pero expliquense ustedes...
(*El Coronel la hace callar con una seña: dirige una mirada de reconvencion á Paulina y se va. El Sargento le sigue, y despues Romo y Curra, que van disputando.*)
- CURRA. Tú tienes la culpa.
- SIMEONA. Qué quiere decir esto?
- JULIAN. Que es hombre perdido.
- PAULINA. Sálvele usted!
- JULIAN. Sí! sí! (*Váse.*)

ESCENA XII.

PAULINA, DOÑA SIMEONA.

- PAULINA. Desgraciado!
- SIMEONA. Pero qué es esto?
- PAULINA. Que el coronel lo sabe todo.
- SIMEONA. Pues qué, ese soldado?..
- PAULINA. Es el mismo que anoche tuvo aquel lance con el coronel...
- SIMEONA. Ah! entonces cuente usted con que es hombre muerto.
- PAULINA. No me lo diga usted.
- SIMEONA. La ordenanza está terminante: será fusilado.
- PAULINA. Si hubiera algun medio...
- SIMEONA. Se interesa usted mucho por él?
- PAULINA. Sí, por su familia; y como el lance pasó en mi casa...
(*Por mí.*)
- SIMEONA. Todo depende de mi hermano, y si él quiere, nada hay perdido. Ya sabe usted cuánto la ama, y no hay cosa que no pueda obtenerse de un marido, sobre todo antes de serlo.
- PAULINA. Sí, tiene usted razón. (*Se sienta y escribe.*)
- SIMEONA. Pero si algun otro sabe lo que ha pasado, no respondo de nada. En punto á disciplina somos inexorables, y el mismo coronel querria en vano salvarle. Yo misma, si formara parte del consejo, le condenaria.
- PAULINA. Usted?
- SIMEONA. Todos los del ejército somos así.

PAULINA. Lo que me está usted diciendo es horrible! Oh! Perdóne usted, hermana mia!

SIMEONA. Hermana?

PAULINA. Sí, vea usted mi carta: haga usted que se la entreguen al instante al coronel.

SIMEONA. Bien; pero cálmese usted. Si una fuera á alborotarse cada vez que suceden cosas como estas!... (*Vése.*)

PAULINA. No pierda usted tiempo. Qué corazón tan empedernido! cuando yo por salvarle doy mi vida! Ah! Mas que mi vida!

ROMANZA.

Entre lágrimas y enojos
amargando mi existir,
no se aparta de mis ojos
ese negro porvenir.
Pronto esposa desdichada,
sin consuelo y sin amor,
lloraré sacrificada,
moriré con mi dolor.

ESCENA XIII.

PAULINA y ALBERTO, *que sale apresuradamente del gabinete del Coronel, cierra la puerta por de fuera, y se pone á escuchar si le persiguen.*

PAULINA. Ah!

ALBERTO. Qué veo! dónde estoy?

PAULINA. En el aposento del coronel.

ALBERTO. Y cerca de usted! Ah! no me creía tan venturoso.

PAULINA. No estaba usted preso?

ALBERTO. Cuando ví que todo estaba descubierto, me juzgué perdido.

PAULINA. Tal vez le perdonarán á usted.

ALBERTO. Me concederán la vida, acaso para condenarme á vivir

deshonrado, en algun infame destierro. Eso nunca, nunca! Por esa razon me he escapado de la enfermeria, aprovechando un momento en que nadie me miraba, y he llegado hasta aqui, no sé cómo. Ah! si yo encontrase un arma, un arma cualquiera para salvar el honor de mi padre!

PAULINA. Oh! No piense usted en eso, sino en las personas que le aman, y que harán cuantos sacrificios son imaginables para salvarle.

ALBERTO. Eso ya no es posible!

PAULINA. Viva usted!

ALBERTO. Para amarla á usted, Paulina!

PAULINA. No piense usted en mí, sino en su padre. (*Con dolor.*)

ALBERTO. Que no piense... Ah!

PAULINA. Silencio! silencio! si vinieran... Es preciso que se oculte usted hasta que yo consiga del coronel que le proporcione la fuga: yo me arrojaré á sus pies.

ALBERTO. No lo consentiré jamás.

SUAREZ. (*Dentro.*) Cuando digo que entró por aqui!

SIMEONA. (*Dentro.*) Qué disparate!

PAULINA. Oye usted?

ALBERTO. Me buscan.

PAULINA. Por favor, huya usted por alli. (*Señala al gabinete de doña Simeona.*)

ALBERTO. Señora!

PAULINA. Se lo suplico á usted.

(*Alberto entra precipitadamente. Paulina se coloca delante de la puerta.*)

ESCENA XIV.

PAULINA, SUAREZ, DOÑA SIMEONA y luego EL CORONEL.

SIMEONA. Cuando digo que se ha vuelto usted loco!

SUAREZ. Y yo le aseguro á usted, mi comandanta, que ha subido por esa escalera.

PAULINA. Qué es lo que busca ese soldado? (*Procurando dominar su emocion.*)

SIMEONA. A ese lancero... á ese Alberto.

PAULINA. A Alberto? se ha escapado?

SUAREZ. Sí, señora. Pero de mi cuenta corre; yo le atraparé

SIMEONA. Ya ve usted como en efecto tenia yo razon: no está aqui.

SUAREZ. Como no se haya refugiado en la habitacion del coronel!

PAULINA. Cómo es posible!

SIMEONA. Véalo usted.

CORONEL. (*Saliendo.*) Qué es eso? Qué pasa?

PAULINA. Ah! (*Asustada.*)

SIMEONA. Mi hermano!

SUAREZ. Mi coronel... (*Deteniéndose.*)

CORONEL. Nadie me responde?

SUAREZ. Es que... la verdad, mi coronel, cuando yo estaba hablando con la enfermera, se escapó sin que nadie..:

CORONEL. Pero quién?

SUAREZ. Alberto: yo estoy seguro de que no ha salido de aqui. (*El Coronel sorprende una mirada de Paulina.*)

CORONEL. Y yo me atrevo á decir dónde está. (*Dirigiéndose á la puerta derecha.*)

PAULINA. Dios mio!

CORONEL. Salga usted, caballero!

ESCENA XV.

DICHOS y ALBERTO, luego JULIAN y poco despues ROMO y CURRA.

SUAREZ. Hola! hola! galopin! (*El Coronel le detiene mirándole.*)

SIMEONA. Sin duda ha entrado despues que yo salí!

CORONEL. Probablemente. (*A Alberto con tono reposado.*) Caballero, usted no pertenece ya á mi regimiento, y afortunadamente el certificado de haber sido usted sustituido tiene la fecha de ayer.

PAULINA. Coronel.

CORONEL. No es esto lo que me ha pedido usted por precio de su mano? (*A PAULINA.*)

ALBERTO. Eso es. (*Entre dientes.*)

CORONEL. Caballero. (*Paulina se turba y el Coronel vuelve á hablar en tono tranquilo, pero triste.*) Se me ha juzgado muy mal, puesto que me han creido capaz de aceptar un contrato semejante. Caballero, vaya usted á decir al señor Alberto de Lara, que nada tiene que temer del hombre que le ha hecho el honor de medir con él su

espada. (*Rompe la carta.*) Y usted, señora, si no me ama, á lo menos concédame su estimacion:

PAULINA. Ah! coronel! Tantas bondades no serian nada, si no me concede usted su amistad!

ALBERTO. Y yo me consideraré dichoso si llego á merecerlo!

ROMO. (*Saliendo momentos antes con los lanceros al fondo.*) Mi coronel! Hay amnistia para todos? Es decir, podré obtener la licencia?...

CORONEL. Cástate, puesto que te aman! Yo... (*Se acerca á su hermana y esta le estrecha la mano.*)

SUAREZ. Cuando digo que ese hombre es una fiera. (*Aparte á Alberto.*)

ALBERTO. Una fiera; pero con un gran corazon!
(*El Coronel, Alberto, Don Julian, Paulina y Doña Simeona, se acercan y hablan retirándose por la puerta izquierda. Romo coge de la mano á Paulina, y adelantándose con ella al proscenio canta.*)

MUSICA DE LA INTRODUCCION DEL PRIMER ACTO.

ROMO. Cuando á coronel
logre yo llegar.
tú serás, pichona,
coronela ó mas.
Y si no lo fueres...
que no lo serás,
seguirás tocando
el tarará!

Tará, tará. (*Tocando la trompeta con la mano.*)
LANCER. (*Idem.*) Tarará tarará.

FIN DE LA ZARZUELA.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Mentira inocente. (Una)

Nobleza contra Nobleza.

Negro y Blanco.

Ninguno se entiende.

No hay amigo para amigo.

Noche en blanco. (Una)

No es la Reina.

Para heridas las de honor.

Paje y un caballero. (Un)

Pescar á rio revuelto.

San Isidro, (*Patron de Madrid.*)

Suplicio de Tántalo. (El)

Su imágen.

Trabajar por cuenta ajena.

Traidor, inconfeso y martir.

Una falta.

Ultima noche de Camoens.

Verdad en el espejo. (La)

TITULOS DE LAS OBRAS.

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.

Mateo y Matea.

El sueño de una noche de verano.

El secreto de la Reina.

Escenas en Chamberí.

A última hora.

Al amanecer.

Un sombrero de paja.

La espada de Bernardo.

El Valle de Andorra.

El Dominó azul.

La Cotorra.

Jugar con fuego.

El estreno de un artista.

El Marqués da Caravaca.

El Grumete.

La Litera del Oidor.

Gracias á Dios que está puesta la mesa.

La Estrella de Madrid (su música).

Tres para una.

La Cisterna encantada.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle de Tudescos, núm. 21, cuarto principal.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	Serna.	<i>Murcia.</i>	Mateos.
<i>Alcoy.</i>	Martí é hijos.	<i>Motril.</i>	Ballesteros.
<i>Algeciras.</i>	Almenara.	<i>Manzanares.</i>	Acebedo.
<i>Alicante.</i>	Ibarra.	<i>Mondoñedo.</i>	Delgado.
<i>Almeria.</i>	Alvarez.	<i>Orense.</i>	Ferreiro.
<i>Aranjuez.</i>	Sainz.	<i>Oviedo.</i>	Palacio.
<i>Avila.</i>	Gomez.	<i>Osuna.</i>	Montero.
<i>Badajoz.</i>	Orduña.	<i>Palencia.</i>	Gutierrez é hijos
<i>Barcelona.</i>	Viuda de Mayol.	<i>Palma.</i>	Gelabert.
<i>Bilbao.</i>	Astuy.	<i>Pamplona.</i>	García.
<i>Burgos.</i>	Hervias.	<i>Palma del Rio.</i>	Gamero.
<i>Cáceres.</i>	Valiente.	<i>Pontevedra.</i>	Cubeiro.
<i>Cádiz.</i>	Moraleda.	<i>Pto. de Sta. Maria.</i>	Valderrama.
<i>Castrourdiales.</i>	García de la Puente	<i>Puerto-Rico.</i>	Marquez.
<i>Córdoba.</i>	Lozano.	<i>Reus.</i>	Prins.
<i>Cuenca.</i>	Mariana.	<i>Ronda.</i>	Moreti.
<i>Castellon.</i>	Lara.	<i>Santucar.</i>	Esper.
<i>Ciudad-Real.</i>	Arellano.	<i>S. Fernando.</i>	Meneses.
<i>Coruña.</i>	García Albarez.	<i>Sta. Cruz de Te-</i>	
<i>Cartagena.</i>	Moreno.	<i>nerife.</i>	Ramirez.
<i>Chiclana.</i>	Sanchez.	<i>Santander.</i>	Laparte.
<i>Ecija.</i>	García.	<i>Santiago.</i>	Sanchez y Rua.
<i>Figuera.</i>	Plá.	<i>Soria.</i>	Rioja.
<i>Gerona.</i>	Viuda de Grases.	<i>Segovia.</i>	Alonso.
<i>Gijon.</i>	Ezcurdia.	<i>San Sebastian.</i>	Garralda.
<i>Granada.</i>	Zamora.	<i>Sevilla.</i>	Hidalgo.
<i>Guadalajara.</i>	Perez.	<i>Idem.</i>	Alvarez.
<i>Habana.</i>	Ramis.	<i>Salamanca.</i>	Huebra.
<i>Haro.</i>	Quintana.	<i>Segorbe.</i>	Clavel.
<i>Huelva.</i>	Osorno.	<i>Tarragona.</i>	Puygrubi.
<i>Huesca.</i>	Guillen.	<i>Toro.</i>	Tejedor.
<i>Jaen.</i>	Sagristá.	<i>Toledo.</i>	Hernandez.
<i>Jerez.</i>	Bueno.	<i>Teruel.</i>	Castillo.
<i>Leon.</i>	Vjuda de Miñon.	<i>Tuy.</i>	Martz. Gonzalez.
<i>Lérda.</i>	Sol.	<i>Talavera.</i>	Bidarte.
<i>Lugo.</i>	Pujol y Masia.	<i>Valencia.</i>	M. Garin.
<i>Lorca.</i>	Delgado.	<i>Valladolid.</i>	Aguilar.
<i>Logroño.</i>	Verdejo.	<i>Vitoria.</i>	Galindo.
<i>Loja.</i>	Cano	<i>Villanueva y Geltrú</i>	Pers y Ricart.
<i>Málaga.</i>	Moya.	<i>Zamora.</i>	Calamita.
<i>Maturó.</i>	Abadal.	<i>Zaragoza.</i>	Viuda de Heredia